BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

LOU CARRIGAN

CIRUGIA DE EMERGENCIA



COLECCION
LA HUELLA

LOU CARRIGAN

CIRUGÍA DE EMERGENCIA

Colección LA HUELLA n.° 91
Publicación quincenal
Aparece los lunes

LA HUELLA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 27.402 - 1976
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: agosto, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El capitán de Homicidios del Police Department, Cecil Irwin, acudió personalmente al encuentro del inspector-jefe Gordon, de la Delegación del FBI en Miami.

Le estrechó la mano como si no tuviera fuerzas ni para encender un cigarrillo y musitó:

—Realmente horrible, Gordon. Le he llamado porque, a mi juicio, es un caso claro de intervención del FBI. Aparentemente, parece un caso en el que sólo deberían intervenir la Morgue y las Pompas Fúnebres, pero…

—¿Qué ha ocurrido, Irwin?

—Bueno… La verdad es que no me he interesado demasiado en ello. En cuanto he visto al difunto, me he dicho que era cosa de ustedes, y le he llamado.

—Bien, bien… Pero supongo que el caso tendrá alguna característica determinada.

—No me atrevo a aventurar ninguna teoría. Pero no hace falta que hablemos más. Vengan ustedes, verán lo que ha ocurrido, y ojalá que podamos dar a todo esto un curso… razonable.

Gordon optó por aceptar la situación. Señaló al hombre que se había apeado con él del coche. Un tipo alto, de cabellos rubios y ojos claros, que no conseguía disimular su impaciencia.

—Kelly Killman… —presentó—. Uno de mis muchachos. Si hay algo que hacer, él lo hará.

—Hola —saludó Irwin.

—¿Qué tal? —dijo Kelly Killman.

Se dirigieron hacia la casa. Subieron los tres escalones, con Cecil Irwin en cabeza, y apenas entrar en la casa, Irwin señaló hacia un punto del vestíbulo.

—La biblioteca.

Kelly Killman lo miró de reojo, con cierto sarcasmo.

—No nos diga que se ha cometido un crimen en la biblioteca.

—No… No, no… Hay una puerta en ella, que da a una especie de… quirófano y laboratorio. La víctima era médico. Cirujano, concretamente.

Entraron en la biblioteca, en verdad bien nutrida y magníficamente ordenada e instalada. Gordon caminó directo hacia una puerta que se veía en un hueco de las estanterías. Iba directo al grano, como si tuviera una enorme prisa por poner al FBI al corriente del asunto y desaparecer de escena.

En la biblioteca, además de un agente uniformado de la policía, había dos jóvenes. Ella estaba sentada en un sillón, con la mirada perdida, intensamente pálido el bonito rostro juvenil; sus ojos eran muy bonitos, de un luminoso color dorado, que brillaban extrañamente, con intensidad, debido a las lágrimas. El muchacho, de unos veinticinco años, estaba en pie junto a ella, con una mano en su hombro, en un vano intento de reconfortarla. Tenía todo el aspecto de haber sido interrumpido en un partido de tenis. Al menos, eso indicaba su indumentaria. Ella llevaba un lindo vestido de mañana, de tono azul, muy escotado.

Esto fue lo que Kelly Killman vio en los cuatro segundos que necesitaron para cruzar la biblioteca hasta llegar a la puerta que, según Cecil Irwin, llevaba a una especie de quirófano y laboratorio.

Dentro había dos hombres con cámaras fotográficas, pero no parecían tener intención de usarlas. El semblante de ambos no era saludable en aquellos momentos. Se esforzaban en parecer serenos, y lo conseguían en buena parte, pero estaban demudados.

—Cuidado con la sangre —dijo Irwin.

Gordon respingó ligeramente al oír esto, y se detuvo. Casi justo a tiempo.

Porque, efectivamente, la sangre se extendía por todo el piso del quirófano-laboratorio. Ya seca, desde luego, formando una mancha oscura, de tono marrón rojizo. Tan sólo al ver aquella gran mancha de sangre, nueve personas de cada diez se habrían sentido francamente indispuestas.

La fuente de donde había brotado tanta sangre, era un hombre. Estaba tendido en el suelo, cara al techo, tan blanco como el mostrador de mármol que se veía sobre él, con instrumentos de cirugía colocados sobre una rectangular pieza de goma. Al primer

vistazo, tanto Gordon como el agente especial del FBI que le acompañaba, vieron de dónde había brotado tanta sangre. Y entonces comprendieron la actitud y la impresión que estaba sufriendo Cecil Irwin: al hombre muerto en el piso y rodeado de sangre, le faltaba el brazo izquierdo. Había desaparecido, eso era todo. Se veía el muñón, estremecedoramente lleno de coágulos de sangre, horrible, patético.

—Por Dios… —Casi tartamudeó Gordon.

—Le han cortado un brazo —musitó roncamente Kelly Killman.

Cecil Irwin tuvo que carraspear para poder hablar. Se acercó al cadáver cuyo brazo izquierdo había sido cortado. Caminó lateralmente, evitando escrupulosamente pisar la gran mancha de sangre. Los dos hombres del FBI lo siguieron, con idéntico cuidado.

Irwin señaló un punto en el suelo.

—Vean eso…

Killman y Gordon miraron hacia allí. Casi cubierto por la sangre se veía un objeto alargado, que todavía mostraba el brillo en una de sus partes no cubierta por el rojo líquido. La mano derecha del muerto estaba muy cerca de aquel objeto.

—Parece… un bisturí —musitó Gordon.

—Lo es. Y vean esto otro.

Señaló el mostrador de mármol. Allá había todo lo necesario para realizar de principio a fin un trabajo de amputación. No faltaba ni un solo detalle, ni una sola pieza quirúrgica.

Kelly Killman frunció el ceño y volvió a mirar el cadáver. Su atención se centró especialmente en el muñón del brazo izquierdo. Según parecía, había sido producido el corte por un experto manejo del bisturí. Además, el muñón ya había sido atendido con tres o cuatro puntadas de sutura. Era como si la operación posterior a la amputación hubiese sido interrumpida.

Cuando Kelly Killman comprendió lo que aquello significaba, su rostro palideció intensamente. Alzó la mirada hacia su superior, aturdido, incrédulo.

—No es posible, señor… ¿Se da usted cuenta?

—Creo… creo que sí, Kelly. Según parece, este hombre se amputó el brazo, y luego inició él mismo el cosido del muñón. Pero no tuvo fuerzas para seguir, se desmayó… y murió desangrado.

—Pero ¡eso es absurdo, imposible…! ¡Nadie puede hacerse a sí

mismo semejante operación, señor!

—Bueno… Parece que este hombre lo intentó, Kelly. ¿Dónde está el brazo, Irwin?

—No está.

Killman se puso en pie lentamente. Contempló con gesto huraño al capitán de Homicidios.

—¿Qué quiere decir que el brazo no está?

—Que no está. No ha sido hallado.

—Pero eso… eso no es posible… ¡No puede ser!

—No… —aceptó Irwin—. No puede ser. A menos, claro está, que alguien se lo haya llevado.

Gordon se quedó atónito.

—¿Llevarse un brazo amputado? ¿Para qué?

—No lo sé. Lo único que se me ocurre es que había alguien más aquí cuando Michael Dawlish se amputó el brazo. Y quizá esa persona le ayudó.

—¿El muerto se llama Michael Dawlish?

—Sí… Era un famoso cirujano. Muy competente y estimado.

—Bien… —Gordon estaba en verdad desconcertado—. Esto no es razonable desde ningún punto de vista, Irwin. Si ese hombre intentó amputarse en solitario el brazo, encuentro lógico que muriera en el empeño. Puesto que el brazo amputado no está aquí, quiere decir que alguien se lo llevó. Vamos a dejar aparte la sorprendente pregunta de para qué puede querer nadie un brazo amputado, y vayamos a las preguntas sensatas, las preguntas lógicas. Como ésta: ¿acaso la persona que se supone estuvo aquí no habría ayudado a Michael Dawlish en lugar de dejarlo morir desangrado mientras esa persona se llevaba el brazo amputado? ¡Hace falta no tener ni siquiera alma para llevarse un brazo amputado mientras su propietario está muriendo desangrado!

—Quizá hay otra explicación, señor —sugirió Killman—. Es posible que quién se llevó el brazo llegara aquí cuando ya Michael Dawlish estaba muerto, tras fracasar en su intento de amputarse el brazo sin ayuda de nadie.

—Bien… Es posible —admitió Gordon—. Ahora, Kelly, dime qué clase de persona es esa que viene aquí, ve muerto desangrado a un hombre que se ha amputado por sí mismo un brazo… y todo lo que hace es llevarse ese brazo. ¿Qué clase de persona supones que sea

ésa?

—Pues… Bueno… No sé, señor.

—Tendría que ser un monstruo, Kelly. Pero, además, ya que me veo forzado, haré la pregunta: ¿para qué quiere ese brazo amputado? ¿Qué harías tú con el brazo amputado de un hombre?

—¿Yo? —Se atragantó el
G-man
—. Nada… Bueno, supongo que nada… Quiero decir que jamás me interesaría por semejante… trofeo.

—Y otra pregunta todavía: ¿por qué tenía que amputarse el brazo el señor Michael Dawlish?

—Quizá tenía algo…

—¿Sí? ¿Qué cosa?

—No sé… Alguna infección…

—De acuerdo: una infección. Vamos a suponer que Michael Dawlish precisaba esa amputación para sobrevivir a una infección o cualquier otra cosa que requiriese una intervención quirúrgica. ¿Por qué tenía que amputárselo él mismo? Irwin dice que Dawlish era un hombre muy competente y muy estimado en su profesión. De acuerdo. Pero ¿te parece que era el único cirujano capaz de efectuar esa amputación?

—¡Claro que no! Cualquier cirujano podría…

—Podría hacerlo, en efecto. Ahora, dime una sola razón por la que Dawlish no fuese a un colega suyo para que realizase esa operación. ¿Por dinero? De ninguna manera. Aparte de que un colega le habría hecho el… trabajo gratis, hay otras dos razones a cual más poderosa. Una de ellas, es que en cualquier hospital de la nación le habrían atendido debidamente. La segunda, igualmente importante, es que esta casa no sugiere de ninguna manera que su propietario anduviese mal de dinero. ¿Por qué tenía que amputarse el brazo él mismo? Eso… eso sería lo mismo que si a ti te hiriese un delincuente y, sabiendo quién es él, fueses a detenerlo desangrándote por el camino en lugar de avisar a tus compañeros de servicio, que lo despedazarían en un segundo. ¿Tú harías eso, Kelly?

—No, señor. Yo avisaría a mis compañeros, y me quedaría confortablemente instalado en una clínica, a ser posible con una linda enfermera.

—Exacto. ¿Te imaginas a cualquier cirujano de nuestros tiempos operándose él solo, aunque sólo sea de apendicitis?

—No, señor.

—¿Por qué tuvo que hacerlo Michael Dawlish, entonces?

—Que me frían si lo sé, señor. Sin embargo, el aspecto de todo esto indica que él quiso amputarse el brazo sin ayuda de nadie. Lo tenía todo preparado…

—Acepto eso. Pero ¿dónde está el brazo? Debería estar en el suelo, o en el mármol… ¿No?

—Pues… sí. Sí, señor.

—No está. ¿Dónde está, Kelly?

—Demonios, no lo sé, señor. Pero insisto en que todo parece indicar que fue él mismo quién se amputó el brazo.

—Eso es cierto —musitó Gordon—. Absurdo, pero cierto. ¿Por qué se amputó el brazo? ¿Dónde está ese miembro? ¿Tenía Michael Dawlish alguna justificación médica para amputárselo?

Hubo unos instantes de silencio, que finalmente rompió Cecil Irwin, señalando con el pulgar hacia la puerta.

—En la biblioteca está la hija del muerto, Gordon. Y el muchacho que está con ella es su primo. Ella se llama Irene Dawlish, y él, Tom Sterling. Es hijo de una hermana de la madre de la muchacha… ¿Se quedan con el caso, supongo?

—Desde luego, Irwin. Si el brazo hubiese aparecido en el suelo… o en cualquier otro sitio, el caso se cerraría inmediatamente. Pero el brazo no está, y eso indica sin lugar a dudas que alguien se lo ha llevado. Si tenemos eso en cuenta, y pensamos que es poco probable que un cirujano proceda por sí mismo a la amputación de su brazo aunque tal brazo esté enfermo, llegaremos a la conclusión de que alguien le cortó el brazo y se lo llevó. Amputación… Mutilación criminal, por tanto. Asunto para el FBI.

—Hay algo que no encaja en esto, señor —advirtió Killman.

—¿Qué cosa?

—Su teoría de que alguien vino aquí, le cortó el brazo al señor Dawlish y se lo llevó, no está mal. Pero no creo que esa persona se entretuviese en intentar coser el muñón. Y si lo observa, comprobará que la cura de cosido fue iniciada, aunque no terminada. Yo no creo que una persona que le corta un brazo a otra se entretenga luego en coser el muñón, señor.

Gordon estuvo unos segundos parpadeando. Por último, miró furiosamente a su agente y se rascó la cabeza no menos furiosamente.

—Demonios…

—Insisto, señor, en que todo indica que fue el propio Michael Dawlish quién se amputó el brazo.

—¿Pero dónde está ese brazo?

—Podríamos buscarlo, ¿no? —propuso el G-man.

—¡Buscar un brazo! ¡Esto es absurdo!

Cecil Irwin, capitán de Homicidios, miraba de uno a otro, con una chispita maliciosa en el fondo de sus diminutos ojos asustados.

—¿Puedo retirar a los de Homicidios? —sugirió.

—Adiós —gruñó Gordon.

Se estrecharon la mano, y Cecil Irwin, con sus hombres, se marchó, evidentemente aliviado por poder quitarse de encima tan intrigante y estremecedor caso.

Los dos hombres del FBI quedaron solos en el quirófano-laboratorio, mirando inexpresivamente el cadáver palidísimo de Michael Dawlish.

—Bueno —dijo de pronto Gordon—, habrá que empezar a trabajar, Kelly. Busca un teléfono, llama a la Delegación, y que el tinglado se ponga en funcionamiento: ambulancia, forense, huellas, fotografías, medidas, análisis… Todo eso.

—Sí, señor. Inmediatamente.

CAPÍTULO II

—Señorita Dawlish…

Irene Dawlish alzó la mirada, turbia de lágrimas, hacia el inspector Gordon. Era una muchacha muy bonita de cuerpo esbelto, de apostura ágil, fuerte y delicada a la vez. En circunstancias normales, Kelly Killman quizá habría comentado que era un auténtico bombón… Un bombonazo, en realidad.

Se quedó mirando al inspector del FBI en silencio. Gordon se sentía terriblemente incómodo.

—Bien… Le aseguro que lamentamos lo sucedido… Ha sido una tragedia… terrible, pero… un tanto desconcertante. Nosotros creemos que en todo esto hay algo… raro.

—¿Raro? —musitó la muchacha.

—Bueno… Usted conocía a su padre mejor que nadie, supongo. Y sabrá mejor que nadie si él era capaz de… de hacer una cosa así…

Irene Dawlish parpadeó, y dos lágrimas se deslizaron por sus pálidas mejillas. Asintió con la cabeza.

—Creo… creo que él sí era capaz de eso, señor…

—Oh… Inspector Gordon, del FBI. Él es Kelly Killman, agente especial. Mmm… Dadas las circunstancias del caso, nosotros vamos a encargarnos de todo… ¿Dice que su padre era… capaz de amputarse por sí mismo el brazo?

—Él era… un hombre… especial, señor. Nunca tuvo miedo a nada. Y habría hecho cualquier cosa en… beneficio de la ciencia.

—¿Incluso amputarse un brazo?

—Sí… —Irene se mordió los labios—. Sí, señor, estoy segura. Siempre y cuando ello beneficiase a la humanidad, de un modo u otro. Jamás retrocedió ante nada que significase… supervivencia o vida. Era lo único que le interesaba.

—Entiendo. Sin embargo, señorita Dawlish, nosotros tenemos la

opinión de que su padre no hizo eso él solo.

—¿Por qué? —preguntó el muchacho con equipo de tenista.

—Porque el brazo no aparece por ninguna parte, joven. Usted es Tom Sterling, sobrino de… del difunto, ¿no es así?

—Sí, señor…

—¿Qué hace usted aquí… vestido de esa manera?

—Pues yo… yo estaba en el club, jugando al tenis, y… e Irene me llamó temprano… Estaba… estaba tan asustada que casi no podía entenderla. Pero comprendí que algo horrible había sucedido, y vine aquí, sin cambiarme, a toda prisa…

—¿Es suyo ese auto deportivo que hemos visto afuera?

—Sí, señor.

—¿A qué se dedica usted?

—Acabé el año pasado los estudios de medicina general. Ahora estoy estudiando cirugía.

—¿Cirugía? Interesante… ¿Puede usted emitir una opinión sobre… sobre el muñón de… del brazo de su tío?

—¿En qué sentido?

—Imagino que usted conversaría a menudo con él sobre cirugía.

—Desde luego. Hasta nos peleábamos a veces. Tío Michael decía que… que yo perdía mucho tiempo en tonterías. Era de la clase de hombres que sólo hacían lo que se tiene que hacer. El día tiene veinticuatro horas solamente, solía decir… Y esas horas no están para jugar al tenis, o bailar, o salir por ahí a divertirse…

—Entiendo. ¿Qué opinión tiene… tenía usted de su tío?

—¿De tío Michael? —Tom Sterling abrió mucho los ojos—. ¡Buenísima, naturalmente! ¡Era… era un genio!

—¿Un genio, señor Sterling? Bien, eso es magnífico… Insisto en mi pregunta sobre su opinión acerca del muñón que no ha sido cosido del todo… ¿Cree usted que fue él mismo quién se… amputó el brazo? Es de suponer que usted podrá distinguir su técnica operatoria.

—Desde luego.

—¿Cree que fue él quién se cortó el brazo?

—Pues yo… yo no me he fijado en eso…

—¿Puedo rogarle que lo haga? Agradeceremos mucho su opinión. Si es tan amable, vaya a echar un vistazo, ¿quiere?

—Sí… Sí, claro…

Tom Sterling se dirigió al laboratorio, y Gordon, tras un intento de continuar conversando con Irene Dawlish, desistió. Hizo una seña a Kelly Killman, que comprendió y se sentó junto a la muchacha, mientras su jefe, encendiendo un cigarrillo, se dirigía a una de las ventanas de la biblioteca, pensativo.

—Señorita Dawlish… Perdone… Mire, nosotros pensamos que las cosas han sucedido de un modo… especial. Comprendo su estado de ánimo, y… Ejem… Bueno, si usted no está en condiciones de atenderme, haré las preguntas en otra ocasión…

—Puedo atenderle, señor Killman.

—Gracias. Veamos cómo ocurrieron las cosas… ¿Fue usted quien encontró el… el cadáver?

—Sí, señor.

—¿Llamó inmediatamente a la policía?

—No… No, no… Yo no sabía qué hacer, creo… creo que me desmayé… Estuve unos minutos desvanecida…

—Entiendo… —musitó Killman—. ¿Qué hizo al recobrarse?

—Llamé a Tommy al club.

—¿Por qué a Tommy?

—Es el único familiar que tenemos papá y yo.

—Ah… Él vino inmediatamente, según entiendo. ¿Fue él quien llamó a la policía?

—Sí, señor.

—¿Y luego?

—La… la policía vino. Nos dijo que no entráramos en el laboratorio y… y eso es todo.

—Bien. Veamos… Usted se levantó esta mañana, fue a ver a su padre al labor…

—No… No, señor. Yo no estaba en casa desde hacía tres días.

—Oh… Bueno… ¿Dónde estaba usted?

—En Flamingo. Pertenezco a un club náutico de *surfside*, y formo parte del equipo de esquí acuático. Desde el miércoles por la mañana, otras chicas y yo estábamos en Flamingo, participando en un campeonato de esquí acuático. Terminó ayer por la tarde.

—Pero usted ha llegado esta mañana… ¿No?

—Sí… Sí, sí… Bueno, resulta que… que nuestro club ganó la competición y… y lo celebramos. Ya sabe lo que son esos *clubs* de *surfside*…

—Muchachos alegres con dinero para gastar —casi sonrió Kelly Killman—. Imagino que va a decirme que anoche lo pasaron estupendamente… y que usted se retiró algo tarde a dormir.

—Sí… Así ocurrió. Pero salí de Flamingo muy temprano esta mañana. Llegué, entré en la casa, llamé a papá… No me contestó, de modo que creí que dormía profundamente en su dormitorio, y fui allá… Tampoco allí le vi. Él… él acostumbraba quedarse algunas noches trabajando en el laboratorio hasta muy tarde, y a veces se quedaba dormido allí. Fui entonces al laboratorio, y cuando abrí la puerta, él estaba… estaba…

—Sí, sí, comprendo —tragó saliva Kelly—. Llamó a su primo, él llamó a la policía… Según entiendo, señorita Dawlish, usted y su padre vivían solos en esta casa tan grande y bonita.

—Sí… Bueno, en realidad, sólo estábamos solos los fines de semana. De lunes a viernes, papá trabajaba mucho con sus colaboradores, que prácticamente vivían con nosotros esos cinco días semanales. Y luego está Ann, que salía de la casa muy pocas veces. Ann es nuestra cocinera, ama de llaves… Hace mucho tiempo que está con nosotros.

—Menos en esta ocasión. ¿Dónde está ella?

—Creo recordar que papá le dio permiso para que fuese a ver a su hija… A Fort Pierce. Papá sabía que yo estaría fuera hasta hoy, y dijo que si Ann también pasaba fuera el fin de semana, estaríamos los dos solos, y podríamos pasar un estupendo fin de semana charlando de nuestras cosas, preparándonos nosotros mismos la comida… Fue una idea que… que le gustó mucho. Y a mí también, porque papá es… era un conversador… simpático y… y muy inteligente. Yo… yo casi lo pasaba mejor con él que con los chicos del club. Pero tenía tanto trabajo siempre…

—Entiendo. A usted le gustaba tanto la idea de pasar el fin de semana con su padre que no vaciló en tomar el volante esta mañana temprano para pasar dos días a solas con él.

—Sí… Él era tan comprensivo, tan humano… Va a parecerle una tontería, señor Killman, pero mi padre… mi padre y yo éramos… éramos como dos buenos amigos.

—No es ninguna tontería —musitó Kelly—. ¿Dice usted que la sirvienta está en Fort Pierce a ver a su hija?

—Sí.

—¿Y los demás? ¿Quiénes son y dónde están?

—Pues… Bueno, está el doctor Jerry Pilgrim, colaborador de papá; Harriett Whiters, doctora en ciencias, y Spencer Blake, un enfermero que considera a papá poco menos que un ídolo y que se dejaría matar por él… Bueno, es un modo de hablar…

—Lo entiendo. ¿Dónde están esas personas durante los fines de semana?

—Spencer suele venir algunas veces… Harriett acostumbra no salir de su apartamento esos dos días, como no sea para dar un paseo por la playa… Jerry Pilgrim acostumbra a salir de pesca en su lancha. Dice que si mi padre quiere reventar trabajando, que puede hacerlo, pero que él quiere sus días de descanso, que eso resulta muy conveniente.

—¿Hay tirantez entre su padre y el doctor Pilgrim quizá?

—No, no… El doctor Pilgrim es capaz de trabajar tanto como papá. Pero le gusta pescar y dice que quien trabaja merece un descanso o una diversión.

—Supongo que tiene razón, y… perdone.

Kelly se puso en pie y se acercó a su jefe, convergiendo con Tom Sterling, que salía del laboratorio quirófano. Los tres hombres quedaron junto a la ventana.

—¿Y bien? —inquirió Gordon.

—Pues yo… yo diría que es su técnica operatoria, inspector.

—¿Quiere decir que usted cree que ha sido su tío quién se ha intervenido a sí mismo amputándose el brazo?

—Es… es una barbaridad, claro, lo sé…

—Pero su opinión es que la técnica es la de él, ¿no?

—Sí, señor.

Kelly se frotó la barbilla.

—¿Cómo puede asegurar eso, Sterling?

—Es que… Bien, la cirugía es como… como otras cosas en las que interviene el estilo personal. Hay gente que distingue un autor de otro leyendo una sola página, o que sabe qué pintor ha realizado un cuadro tan sólo con un vistazo, o reconoce el estilo de una música…

—Sin duda. ¿Y…?

—Yo he asistido a más de cincuenta intervenciones de mi tío… Conozco su técnica, su modo de cortar, de coser… Jamás me

atrevería a asegurarlo, señor Killman, pero si tuviese que dar una opinión, diría que esa amputación parece hecha por tío Michael.

—¿Usted cree que eso es posible, Sterling? ¿Usted cree que un cirujano, por bueno que sea, puede amputarse a sí mismo un brazo?

—Yo… yo creo que no, pero…

—¿Pero…?

—Cualquiera es capaz de saber lo que podía hacer tío Michael…

—Ya… Era un genio, ¿no es eso?

—En cirugía, sí señor.

—Insisto, ¿es posible que él mismo se amputase el brazo?

—No digo que sí… Ni digo que no.

—Se lo preguntaré de otra manera, ¿cree que su tío pudo amputarse el brazo… y hacerlo… desaparecer?

—Bueno, eso ya es más… extraordinario. Desde luego, suponiendo que tío Michael fuese capaz de eso, no podría perder tiempo en preocuparse de un brazo que ya… no servía de nada.

—¿Tenía alguna deficiencia o infección su tío en el brazo izquierdo?

—Que yo sepa, no… ¡Claro que no! Precisamente, el miércoles hizo una delicadísima operación de estómago, con resultados excelentes. Imposible… Si tío Michael hubiese tenido el más pequeño defecto o dificultad en un brazo, jamás habría podido trabajar en eso… Es más: estoy seguro de que se habría negado a realizar la operación.

—¿Qué tal era su tío como persona?

—¡Formidable! —Casi sonrió Tom Sterling—. Era un poco taciturno quizá, pero muy… muy bueno y generoso. Era amable con todo el mundo, considerado…

—Una de esas personas que no pueden tener enemigos… ¿Sí?

—Me pregunto quién podría ser enemigo de tío Michael. Tendría que ser un monstruo, señor Kelly.

—¿Un monstruo? Bien… Es una interesante observación. Voy a pedirle un favor, señor Sterling: tome nota de las direcciones que su prima le facilitará, de las personas que venían a esta casa… El doctor Pilgrim, la doctora Whiters, el enfermero Blake, la sirvienta Ann… Apunte sus nombres completos, sus direcciones, y todo cuanto se le ocurra a usted o a su prima sobre ellos. El caso es tener distraída a su prima, ¿entiende?

—Lo haré con mucho gusto, señor Killman.

—Muy agradecido.

Sterling se alejó hacia Irene Dawlish, y Gordon aprobó con la cabeza.

—Buen trabajo, Kelly. Parece que estás entrando en punta en este caso… ¿Tienes ya alguna teoría?

—Dos, señor.

—¿Dos? Estupendo… Te escucho.

—Una, que Michael Dawlish se ha amputado él mismo el brazo. Dos, que se lo ha amputado otra persona.

Gordon se quedó mirando hoscamente al
G-man.

—Fantástico… —ironizó—. Supongo que después de tan gran esfuerzo mental te dedicarás a descansar un par de meses.

—Quizá a usted se le ocurra una tercera teoría, señor —sonrió no menos irónicamente Kelly.

El inspector Gordon soltó un gruñido.

—Esperemos a que lleguen los muchachos y el forense. Quizá obtengamos algún dato que pueda ayudarnos.

—Yo no lo creo. Encontrarán huellas, naturalmente, pero eso es lógico en un laboratorio donde trabajan cuatro personas. Y no creo que encuentren las de nadie más, aparte, claro, de las de Irene Dawlish y Tom Sterling, probablemente. Respecto a los demás datos, el único que podría ayudarnos es el forense… Y eso requerirá varias horas. Podemos aprovecharlas para citar en esta casa a los tres personajes que trabajan con el difunto… Que trabajaban, quiero decir.

—No es mala idea. Dime la verdad, Kelly, ¿tienes alguna sospecha concreta?

—No, señor. Lo único que puedo decirle es que… Vaya, no quisiera decirlo, señor.

—¿Por qué? —Gruñó de nuevo Gordon.

—Es que me parece tan extraño, tan brutal, tan fuera de toda lógica, tan complicado, tan absurdo y salvaje, tan desconcertante…

—¿Asesinato? —musitó Gordon.

—¿Usted se cortaría un brazo sano, señor?

—Yo no.

—Pues yo tampoco. Y me parece que los dos somos personas

normales, ¿no es así?

—Pero, Kelly, asesinar a un hombre cortándole un brazo… y dejando que se desangre… Es increíble.

—Más increíble resulta que un hombre inteligente, correcto, considerado y de probado prestigio en su profesión, cometa la estupidez de cortarse un brazo.

CAPÍTULO III

—¿Qué opina, doctor? —Se abalanzó Kelly Killman.

El forense se volvió hacia el laboratorio-quirófano, fruncido el ceño, con una expresión hondamente pensativa. Se veía ya trabajando intensamente a los expertos del FBI, cada uno cumpliendo su cometido específico. Dentro de poco, el cadáver podría ser retirado en la ambulancia que ya esperaba fuera, ante la casa. En la biblioteca, Irene Dawlish y Tom Sterling permanecían sentados en el sofá, silenciosos, mirando el ir y venir de los agentes federales. Sterling parecía estar atento a todo, pero la muchacha mostraba de nuevo su expresión ausente, como aturdida.

—¿Qué opino… sobre qué? —farfulló el forense.

—Sobre la amputación.

—Ha sido un buen trabajo. De un profesional muy competente, desde luego. O de alguien que merecía serlo.

—Lo que está preguntando Kelly es si usted cree que esa amputación ha podido hacérsela el propio Michael Dawlish.

—Teóricamente, no. Ni siquiera tratándose de un cirujano de la categoría de Dawlish. Sin embargo, antes de dar mi informe oficial sobre el asunto, quiero estudiar detenidamente el cadáver, la amputación… Digamos que quiero hacer una autopsia meticulosa y metódica. Hasta entonces, inspector, no aseguraré nada.

—Sólo le pedimos una opinión… personal.

—¿Personal? Bueno, si yo no fuese médico forense del FBI, y por tanto estuviese acostumbrado a desconfiar de todo, diría, al primer vistazo general, que el propio Dawlish se había hecho la amputación. Así lo indican todas las apariencias.

—Pero teóricamente no es posible.

—No, que yo sepa.

—¿Qué quiere decir?

—Michael Dawlish no era un cirujano corriente, inspector. Su

carrera ha sido brillante, su prestigio es internacional. Un hombre de su talento… ¿quién sabe lo que puede llegar a conseguir?

—¿Está sugiriendo la posibilidad de que Michael Dawlish ha querido demostrar al mundo que eso puede hacerse?

El forense volvió a fruncir el ceño. Acabó encogiendo los hombros.

—Les comunicaré el resultado de la autopsia esta tarde. Hasta luego.

—Adiós…

El médico salió de la casa. Poco después, entraban dos camilleros, que tras captar la seña afirmativa de Gordon entraban en el laboratorio quirófano. Los vieron colocar el cadáver en la camilla y contemplaron hoscamente su traslado a la ambulancia, que partiría inmediatamente hacia la Morgue. El equipo técnico del FBI continuaba trabajando en el laboratorio…

—¿Te ha dado Sterling la lista de esas cuatro personas, Kelly?

—Sí, señor. ¿Las llamamos?

—Encárgate de eso.

—Muy bien.

Kelly Killman se instaló ante el teléfono, colocando junto al aparato la lista de los nombres, direcciones y teléfonos de las cuatro personas que habitualmente vivían en la casa de lunes a viernes: Jerry Pilgrim, Harriett Whiters, Ann Gray y Spencer Blake.

CAPÍTULO IV

—¿Cómo ha ido lo de las huellas, señor?

—Hay de todas clases. Es natural, por supuesto. Habrá que revelarlas para proceder luego a su comparación con las personas que habitualmente están en la casa. Si todas coinciden, habrá que ir pensando en creer que Dawlish se operó él solo. Pero si hubiese solamente una que no correspondiese a las personas de la casa…

—Entiendo, señor.

—¿Has llamado a los cuatro?

—Sí, señor. Pero la única que ha contestado ha sido la señora Gray. Ha estado a punto de desmayarse al oír la noticia. Me ha parecido mejor decírselo por teléfono.

—No creo que eso importe. ¿Y los otros?

—Según parece, ninguno está en su domicilio. La señora Gray ha dicho que toma inmediatamente el autobús hacia Miami. ¿Le parece bien que mientras ella llega yo me dedique a visitar los domicilios de los otros? A veces el teléfono está estropeado…

—¿Tres teléfonos? —masculló Gordon—. No, Kelly… Simplemente, esas personas están pasando fuera de la ciudad el fin de semana. Es muy normal. Habrá que esperar.

—Pero si no vuelven hasta mañana por la tarde, vamos a perder mucho tiempo.

—Cierto… Esperaremos hasta las seis y volverás a llamar… Ve haciéndolo a intervalos, desde luego. Si a las seis nadie contesta, nos daremos una vuelta por esas direcciones. Mientras tanto, me ocuparé del asunto de huellas y demás.

—¿Volveremos a la Delegación?

—Poco queda por hacer aquí… Pero será mejor que tú te quedes para recibir a la señora Gray. A ver si obtienes algún informe interesante. De paso, asegúrate de que esa muchacha está lo más tranquila posible.

—Pobrecilla… Maldita sea, señor, si esto es obra de un monstruo asesino, le…

—Tómatelo con calma. Hasta el momento, todo parece indicar que no existe tal asesino.

—¿Y el brazo? ¿Dónde está el brazo? ¿Se lo comió, lo tiró por una ventana, lo quemó…?

—Kelly, si el brazo hubiese estado en el suelo, este caso ya estaría poco menos que cerrado para nosotros. Como no ha sido hallado, seguimos adelante. Pero quizá aparezca en cualquier momento en el lugar más insospechado. A lo peor es que no sabemos buscarlo.

—Se trata de un brazo, señor, no de un alfiler.

—Ya lo sé… —refunfuñó Gordon—. Te enviaré un compañero hacia las cuatro, con un equipo sencillo para tomar huellas. Si esas personas han llegado, espero que no se opondrán a colaborar. Si no han llegado, te vienes a la Delegación y examinaremos las que ya tengan los muchachos. Llamaré al forense para que nos envíe su informe también allí, y trabajaremos en la parte teórica mientras esperamos a esas personas, ¿de acuerdo?

—Okay, señor.

CAPÍTULO V

Gordon alzó la cabeza y la movió en un gesto de saludo.

—Hola, Kelly… ¿Qué hora es?

—Casi las cinco, señor. Reeves se ha quedado allí, con Irene Dawlish, Tom Sterling y la señora Gray.

—Muy bien. Siéntate, hombre —Kelly lo hizo en una butaca, frente a la mesa de su jefe—. ¿Qué dice la señora Gray?

—Está impresionada de verdad. Pobre señora. Es evidente que quería mucho a Dawlish. Su llegada ha sido muy conveniente… Se ha abrazado a Irene Dawlish, llorando, y la muchacha por fin ha estallado en auténtico llanto también.

—Le convenía, sí… ¿Algún informe por parte de la señora Gray?

—No, señor. Ni cree que Dawlish se cortase el brazo por ningún motivo, ni parece dispuesta a admitir que alguien lo haya hecho y luego le haya dejado desangrarse… ¿Tenemos ya las huellas y demás?

—Un informe completo de todos los detalles. Habrá que leerlo y comentarlo. Más vale que te aflojes la corbata, muchacho. Ésta es una de las tareas poco divertidas de nuestra profesión.

—Paciencia, señor —Kelly se aflojó la corbata—. ¿Se sabe algo del informe forense?

—Llamé al doctor hace unos diez minutos. Me aseguró que a las seis tendríamos el informe. ¿Y los personajes telefónicos?

—Todavía ausentes, según parece.

—Me fastidian los fines de semana… Todo el mundo se divierte, menos nosotros. Bueno, ataquemos esto mientras llega el informe forense.

CAPÍTULO VI

—¿Drogado? —musitó incrédulamente Gordon.

El forense asintió con la cabeza.

—Sabía que habría polémica sobre esto, por eso he venido yo. Michael Dawlish estaba drogado cuando murió.

—Pero eso es… increíble. Absurdo…

—¿Qué clase de droga? —preguntó Kelly.

—LSD.

—¡Oh, vamos…! —exclamó Gordon—. ¡Un hombre como Dawlish drogándose como un jovenzuelo…!

—La dosis era bastante fuerte —masculló el forense.

—Bien… No sé qué pensar… ¿Te huele esto a drogas, Kelly? ¿Crees que esa muerte puede estar relacionada con contrabando de estupefacientes?

—En lo más mínimo, señor.

—Ustedes tendrán su olfato para esas cosas —dijo el médico—. Pero yo tengo el mío para otras cosas. Además, la autopsia no puede mentir. Estaba drogado con LSD. Y otra cosa, estaba anestesiado localmente.

—¿Cómo…?

—Tenía pinchazos en el hombro al cual falta el brazo. Es indiscutible que recibió anestesia local en esa parte de su cuerpo. ¿Puedo exponer mi teoría?

—Se lo rogamos, doctor.

—Bien… Tomemos primero el hecho de la presencia de LSD en su cuerpo. El LSD, todos lo sabemos, es un alucinógeno no demasiado perjudicial, pero que, con una dosis fuerte puede producir un estado de euforia muy considerable. Bueno, ya sabemos cómo actúan esas cosas: uno se siente fuerte, sano, feliz, poderoso… Pues bien; yo creo que sucedió… o pudo suceder lo siguiente: Michael Dawlish se drogó, entrando en un estado de euforia y poder

artificiales. Luego se inyectó la anestesia local en el hombro. Y, finalmente, se amputó el brazo. Comenzó a coser el muñón, le fallaron las fuerzas, quizá se mareó… El resultado fue un desmayo que le costó la vida, ya que, una vez desvanecido, se desangró completamente. En su cuerpo apenas quedaba sangre para un cóctel. Y perdón por la broma macabra.

Gordon movió la mano, quitándole importancia. Tanto él como Kelly quedaron unos segundos pensativos. Por fin, el inspector movió la cabeza en un gesto de desconcierto total.

—Me pregunto por qué ese hombre quiso amputarse el brazo, doctor.

—Eso quizá nunca lo sepamos.

—Y yo sigo preguntándome dónde está el brazo. ¿Dónde, doctor?

—Bueno… Eso es cosa de ustedes, ¿no? Yo he cumplido mi parte, y les he expuesto personalmente mis impresiones. De todos modos, mi informe entra en más detalles —lo señaló, en las manos de Gordon—, de modo que pueden estudiarlos. Si precisan alguna aclaración, pueden llamarme a mi domicilio.

—Gracias, doctor. Buenas tardes.

—Hasta la vista.

Quedaron de nuevo solos Gordon y Killman. El primero señaló el teléfono.

—Será mejor que hagas el último intento para localizar a esas personas, Kelly. Si no están, iremos a su domicilios, por si los vecinos tienen alguna idea de dónde puedan estar.

—Muy bien.

Kelly marcó un número sin ninguna esperanza. No es corriente que una persona que sale el fin de semana regrese en sábado por la noche…

Alzó de pronto la mirada, vivamente.

—Jerry Pilgrim está, señor… ¿Hola? ¿Doctor Pilgrim?

—…

—Mi nombre es Kelly Killman, doctor; pertenezco al FBI y…

—¿…?

—Sí, al FBI. Ha ocurrido algo… trágico, doctor Pilgrim. Le agradecería que se presentase lo antes posible en el domicilio del doctor Dawlish, si es tan amable.

—…

—Muchas gracias. Dentro de media hora podemos vernos ahí, si no tiene inconveniente.

—¿…?

—Bueno… Preferiría contárselo personalmente, doctor. Espero que me perdone.

—…

—Gracias… ¿Dentro de media hora entonces?

—…

—Hasta entonces. De nuevo gracias, doctor.

Apretó la horquilla, mirando a Gordon.

—Ya tenemos uno. Veamos ahora la doctora Whiters…

También hubo suerte. La doctora Harriett Whiters estaba en su apartamento. Igual que Pilgrim, se interesó por lo ocurrido, pero recibió idéntica respuesta: se lo explicarían en la casa del doctor Michael Dawlish. Ella aceptó, y Kelly volvió a pulsar la horquilla, mirando otra vez a Gordon.

—Y van dos… Casi me parece sorprendente, señor.

—¿Por qué?

—No sé… Me lo parece, eso es todo. Ninguno de los tres ha estado en su domicilio durante todo el día. Y de pronto, están, en un sábado de noviembre con un estupendo sol de Miami. No me extrañaría demasiado que hubiese vuelto uno de ellos, pero… ¿los tres?

—Todavía no has llamado al enfermero Blake.

—Allá va… Y si él también ha regresado, me parecerá la cosa un poco… intrigante.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Ni yo mismo lo sé. Pero me extrañaría mucho que tres personas que salen de la ciudad para el fin de semana, regresen, los tres, el sábado. No uno, sino los tres. Vamos a ver si Blake está…

Falló. El teléfono de Spencer Blake estuvo sonando más de dos minutos. No poco decepcionado, Kelly colgó el auricular. Pensó que podía haber algo mal en las líneas, y volvió a llamar. De nuevo estuvo sonando el timbre del teléfono, sin respuesta. Colgó definitivamente.

—Teoría derrumbada —sonrió secamente Gordon—. A veces pienso, Kelly, que eres un poco maquiavélico.

—¿Maquiavélico, señor? —se asombró el G-man.

—Por insistente. Eres tenaz hasta el agotamiento. Has tenido una idea, se te ha grabado en la mente, y seguirás con ella hasta el final. Bien… Tenemos a dos personas que llegarán en media hora a la casa del difunto. Pero será mejor que los dejemos llegar primero. Reeves está allí, les informará y estudiará sus reacciones.

—Preferiría hacerlo yo, señor.

—Tranquilo. Déjales que recobren el aliento. Suponiendo que ellos estuviesen metidos en esto, sus primeras reacciones serán las que habrán ido estudiando por el camino. Sólo servirían para desconcertarte en las investigaciones o interrogatorios posteriores. Déjalos que lleguen. Concedámonos un cuarto de hora más para comentar el informe del forense. Veamos… Respecto a LSD, su obtención…

CAPÍTULO VII

Harriett Whiters era una hermosa mujer, de poco más de treinta años; un par, a lo sumo. Estaba en pleno apogeo de su belleza. Alta, de cuerpo soberbio, rotundo; ojos oscuros; boca grande, sensual. Su mirada era directa, inteligente. Todavía estaba un poco pálida por la impresión recibida.

Jerry Pilgrim debía tener alrededor de cuarenta años. Medía holgadamente los seis pies, y su cuerpo era fornido, atlético. Tenía algunas canas en las sienes, con lo cual resultaba en verdad atractivo. Los ojos claros, la boca fina y firme, la frente despejada… De no haber sido por ese clásico cansancio que se observa en los ojos de todo investigador científico, habría parecido en todo momento más un deportista que un médico.

—Soy el inspector Gordon. Él es mi agente Kelly Killman… Espero no haberles molestado por hacerlos venir aquí, doctora Whiters.

La hermosa morena movió negativamente la cabeza.

—Tanto Jerry como yo habríamos venido de todas maneras en cuanto nos hubiésemos enterado.

—Así es —admitió Jerry Pilgrim—. Todavía no acabo de creer en lo sucedido. Es… inaudito y terrible.

—Más bien increíble —añadió Harriett Whiters.

—¿Increíble, doctora? —musitó Kelly.

—Por completo… Oh, vamos, señor Killman, no pretenderá que aceptemos con naturalidad el modo de… de morir de Michael. Si hubiese tenido un accidente, o una equivocación en el manejo de algún aparato o instrumento… No sé. Cualquier cosa… ¡Pero cortarse un brazo él mismo! ¡Por Dios!

—¿Usted no lo cree, según parece?

—De momento, no. Tendrían que demostrármelo.

—Mucho me temo que eso es imposible —musitó Gordon—.

Precisamente nosotros esperábamos colaboración de ustedes en ese sentido, doctora Whiters.

—No comprendo…

—Es indudable que si alguien conocía bien las técnicas del doctor Dawlish, son ustedes, ¿no es cierto?

—Sí… Claro, naturalmente… Oh, entiendo… ¿Usted quiere que nosotros examinemos la… el hombro, y le digamos si el modo de amputar es el de Michael?

—Me atrevo a pedirles ese favor.

—Cuente con ello, por supuesto. Sin embargo… ¡Dios mío, esto es horrible! ¿Por qué tendría que hacer Michael una cosa así?

—¿Ustedes no tienen ninguna idea al respecto? —musitó Kelly.

Jerry Pilgrim le dirigió una mirada huraña.

—¿Está usted bromeando, joven? Si Harriett o yo hubiésemos sospechado siquiera en semejante posibilidad, en semejante acto por parte de Michael, no nos habríamos movido de esta casa. Ni en mil años se me ocurriría un solo motivo por el que Michael quisiera amputarse un brazo él solo.

—Yo digo lo mismo —musitó Harriett.

—¿Quizá tenía algo malo en el brazo…? —sugirió Kelly.

—En absoluto. Al menos, no lo tenía ayer a las cinco cuando Harriett y yo nos marchamos de aquí en mi auto.

—¿En su auto, doctor Pilgrim? Me ha parecido que la doctora tiene el suyo propio…

—Hasta ayer por la tarde lo tenía en reparación. Durante toda la semana la he estado llevando a su apartamento, si ha precisado algo de allí. Un par de veces. Me viene de paso… pero la habría llevado de todos modos, es claro.

—Es claro… Ha dicho usted, doctor Pilgrim, que salieron de esta casa los dos ayer a las cinco de tarde… ¿No se marchó también el señor Blake, el enfermero?

—Hum… No. No se marchó, es cierto… ¿O quizá estoy equivocado, Harriett?

—Me parece que se quedó —musitó ella—. Sí, se quedó… Dijo que… Ya recuerdo. Michael estaba examinando al microscopio unas gotas de sangre en descomposición, y Spencer quiso quedarse para saber a qué conclusiones llegaba…

—¿A ustedes no les interesaba eso, doctora?

—Mucho. Pero el lunes lo habríamos sabido, supongo.

—Claro. ¿Cree posible que el señor Blake se quedase hasta las siete o las ocho con el doctor Dawlish?

—¡Por supuesto que sí! Lo admiraba infinitamente. Para Spencer Blake, los fines de semana eran un aburrimiento; por poco que pudiese, se quedaba con Michael a la menor oportunidad.

—Eso tengo entendido. Hum… El señor Blake, según parece, no está en su domicilio… ¿Ustedes tienen idea de dónde puede estar?

—Pues no… Yo no al menos. ¿Y tú, Jerry?

—No se me ocurre. No era un hombre muy… divertido. Algunas veces comentaba que los fines de semana los pasaba en su apartamento estudiando. Ya tiene cuarenta y cinco años, pero…

—¿Sí, doctor Pilgrim?

—Bueno —sonrió ligeramente Pilgrim—. Spencer cree que no lo sabemos, que es su gran secreto… Lo cierto es que está empeñado en conseguir el título de médico. En realidad, resulta… un tanto admirable, ¿no creen?

—Ciertamente. Pero a su edad, o se es ya médico… o no se consigue nunca.

—Bueno… A veces concurren ciertas circunstancias que impiden que un hombre consiga lo que quiere. Tengo entendido que Spencer pasó algunas dificultades durante su vida… Se quedó en enfermero. Pero Michael le ayudaba ahora para seguir adelante.

—¿Le ayudaba económicamente?

—Bastante. Pero, sobre todo, moralmente, con concejos, con su sapiencia profesional…

—Se comprende ahora que Spencer Blake casi… adorase al doctor Dawlish, ¿no es cierto? Ya le preguntaremos dónde ha estado y… Bien, espero ustedes no se molesten si les hacemos esa pregunta.

—¿Quiere saber dónde hemos estado? —se sorprendió Pilgrim.

—Si no tienen inconveniente. A partir de ayer a lejas cinco de la tarde, por favor.

—Esto es… ofensivo, señor Killman —masculló Pilgrim—. No sé lo que está usted pensando, pero…

—El señor Killman no piensa nada, Jerry —apaciguó Harriett—. Lo único que hace es cumplir con su trapajo.

—Muchas gracias, doctora.

—No se merecen —casi sonrió la bella Harriett—. Por mi parte, puedo decirle que Jerry me dejó a las cinco y media en mi apartamento… Tomamos una copa, ¿recuerdas, Jerry?

—Claro —gruñó Pilgrim.

—Te marchaste hacia las seis… Luego, yo me cambié, preparé la cena, arreglé un poco el apartamento… Ah, sí: hacia las siete, antes de disponerme a cenar, a llamé al garaje, preguntando por mi coche, y me dijeron que podía pasar a recogerlo, que ya estaba reparado. Emm… Cené, vi la televisión… Hacia las nueve y media puse un poco de música. Creo que eran las once cuando me acostaba.

—Excelente memoria, doctora. ¿Y hoy? ¿Dónde ha estado usted hasta que ha contestado a mi llamada telefónica?

—Pues… Me levanté temprano… Salí de mi apartamento poco antes de las diez, y fui a Parrot Paradise… Estuve allí hasta la hora del almuerzo, viendo las cacatúas… Hacen funciones muy divertidas. Almorcé en un autoservicio de Flagger Street… Luego, he estado en Miami Beach, en el Miami Beach Kennel Club, viendo las carreras de galgos. Finalmente, he vuelto a casa. Hacía pocos minutos que había llegado cuando he recibido su llamada. Me disponía a oír música.

—Bien… Imagino que todo esto lo ha hecho usted con su auto, doctora Whiters.

—Sí… Sí, naturalmente.

—Gracias. ¿Y usted, doctor Pilgrim?

—Pescando. He estado pescando.

—¿Incluso ayer tarde?

—Sí. Después de dejar a Harriett, fui a mi apartamento. Está en… Bueno, ustedes ya lo saben. Aquella zona está llena de canales. Yo tengo una lancha en uno de ellos, frente a mi apartamento. Pues bien… Serían las siete cuando saltaba a la lancha y me alejaba… He estado pescando hasta las cinco aproximadamente. He vuelto a casa y usted me ha llamado.

—¿Estuvo pescando con algún amigo, doctor?

—No. Solo.

—¿No tiene usted amigos?

—Como todo el mundo. Pero hay pocos que quieran salir el mismo viernes por la noche.

—Y usted sale el viernes… ¿Por qué?

—Me gusta pescar más que nada, señor Killman.

—Entiendo que anoche estuvo pescando.

—Así es.

—Pero regresaría a tierra para dormir…

—He pasado la noche en mi lancha. Está muy bien acondicionada. Me basto a mí mismo.

—Bien… Es decir, que se ha pasado unas veinticuatro horas en el mar. ¿Lo ha visto alguien?

—Cientos de personas, supongo. No soy el único que sale a pescar en lancha.

—Me refiero a algún conocido.

—No… Que yo sepa, no. Se habrían acercado a saludarme, imagino, y a charlar sobre la pesca.

—¿Pescó usted mucho?

—Un par de buenas piezas: una barracuda y un pompano. La barracuda pesaba no menos de cuarenta libras… Una fiera.

—Sí… Sé que son bichos peligrosos. Bien… ¿Puedo preguntarles qué piensan hacer ahora?

—Nos quedaremos con Irene, desde luego —intervino Harriett—. Si no hay inconveniente, claro.

—Ninguno. Al contrario… Sé que la casa está preparada siempre, ya que se quedan ustedes casi todos los días de la semana. Opino que la señorita Dawlish agradecerá mucho su compañía. Gracias por todo a los dos.

Pilgrim y la doctora se dirigieron hacia donde estaban Irene Dawlish, su primo Tom Sterling y Ann Gray.

Los dos federales se reunieron con su compañero Reeves, que había permanecido junto a una ventana, sin perder sílaba de lo que habían hablado.

—Has desarrollado el interrogatorio como si se tratase de un caso de asesinato, Kelly —comentó Reeves.

—Bueno… Quizá he sido un poco antipático, pero no era mi propósito. ¿Qué reacción tuvieron ellos al enterarse, Reeves?

—Normal. La doctora casi se desmayó. Pilgrim encajó mejor la noticia, pero casi no quería creerla. Ahí viene el muchacho…

Tom Sterling llegó junto a ellos.

—Inspector, Irene quiere saber si podrá ver a su padre y… y

cuándo será el sepelio… En fin…

—Naturalmente. Bueno, imagino que no le gustará verlo, pero puede hacerlo cuando guste. De todos modos, uno de mis agentes los tendrá al corriente de todo esto. Debo sugerirle, muchacho, que evite que su prima salga de la casa hasta el momento final. Sería… buscarse un sufrimiento innecesario.

—Claro. Haré lo que pueda…

—¿Y usted? —musitó Killman—. ¿Dónde estuvo usted ayer por la tarde, Sterling?

—¿Yo? —Se pasmó el muchacho—. Estuve con Dorothy.

—¿Quién es ella? ¿Su novia?

—Pues… no exactamente. Dorothy es una chica… divertida.

—¿Hasta qué punto?

—Oiga, oiga… No he dicho nada de lo que está pensando, señor Killman. Dorothy es una chica un poco alegre, pero decente.

—No lo dudo —sonrió secamente Kelly—. ¿A qué dedica?

—¿Ella? Oh, es estudiante de medicina también. Bueno…

Tom Sterling se calló, sonriendo un tanto burlonamente.

—¿Y bien? —instó Kelly.

—Quiero decir que oficialmente es estudiante de medicina. Vive sola en Miami, y sus padres le pasan una estupenda asignación mensual. Yo diría que ella jama acabará los estudios. Digamos que… se dedica a vivir alegremente del dinero de papá, estudia un poquito. Lleva ya tres años con el mismo curso.

—¿No es inteligente?

—¡Sí, lo es…! Pero no quiere complicarse la vida. Digamos que es un poco… perezosa. Lo único que le gusta es divertirse.

—Y usted la ayuda.

—En lo posible. La verdad es que… que le he pedido varias veces que se case conmigo y se deje de… de tonterías.

—¿Y ella no quiere?

—Querrá… Se resiste, pero sé que querrá. Y ahora tío Michael no…

Se mordió los labios. El

G-man

entornó los ojos.

—Siga, Sterling.

—Bueno… A tío Michael no le hacía gracia Dorothy. Se la

presenté una vez… Dijo que era muy bonita y alegre, muy simpática, pero que no sería una buena esposa.

—De donde se desprende que su tío no estaba de acuerdo con la posibilidad de esa boda.

—No… Pero tío Michael no se habría opuesto. Él siempre decía que es la vida la que enseña, y que yo era ya mayorcito para que todavía tuviesen que ir dándome consejos impertinentes.

—¿Sabe, una cosa, Sterling? —musitó Kelly—. Cada vez me va gustando más la personalidad de su tío.

—Lo celebro. De verdad que… que era un tipo… estupendo.

Los tres federales se quedaron mirando fijamente los brillantes ojos de Tom Sterling, pensando lo mismo: el muchacho estaba poco menos que a punto de llorar.

Kelly le dio una palmada en un hombro.

—Vuelva con los demás, Tom. Ya se les avisará de todos los detalles.

—Gracias…

De nuevo quedaron solos los tres. Kelly miró su reloj, frunció el ceño, y quedó unos segundos pensativo. De pronto, se dirigió al teléfono, marcó un número, y estuvo casi tres minutos allá, inmóvil; colgó, por fin, y volvió junto a Gordon y Reeves.

—Todavía no está Blake en su apartamento. Creo que lo mejor será ir a buscarlo… Es decir, a preguntar a alguien si sabe dónde puede estar… ¿Qué opina de la doctora y de Pilgrim, señor?

—La coartada de ella por la tarde, es buena. La de él, no. Pero, Kelly, no te obsesiones con la teoría de un asesinato.

—No estoy obsesionado, señor. Sólo sigo preguntándome dónde está el brazo. Michael Dawlish, según el informe forense, murió entre las siete y las ocho. Me gustaría encontrar a Spencer Blake, el enfermero, para preguntarle dónde estaba él a esa hora.

—¿Crees que él lo hizo?

—Pudo ayudarle, ¿no?

—¿Y luego lo dejó morir desangrado?

—Al demonio —masculló Killman—. Busquemos a Blake y acabemos este asunto de una vez. De todos modos, me gustaría que un par de compañeros se dedicasen discretamente a intentar comprobar los movimientos de Harriett Whiters y Jerry Pilgrim a partir de las cinco de la tarde de ayer.

—Me ocuparé de eso —suspiró Gordon—. No quisiera que te quedase ninguna duda en nada, Kelly. Dejo el final de esto en tus manos… Yo me voy a la Delegación, a ver cómo están las cosas por allí. Ah, Reeves ¿tomaste las huellas a los aquí presentes, incluidos Pilgrim y la doctora Whiters?

—Sí, señor.

—¿Qué dijeron?

—Nada. Les dije que era para comprobar si había habido alguien extraño en el laboratorio, y aceptaron inmediatamente. ¿Tengo que quedarme más tiempo aquí, señor?

—No… Ve con Kelly a buscar a ese enfermero, Blake… Yo me llevo el equipo de huellas móvil… ¿Está todo dentro, supongo, y bien clasificado ya?

—Sí, señor, desde luego.

—Pues despidámonos de esas personas, y cada uno a lo suyo.

Se despidieron, y poco después estaban junto al coche de Gordon, colocado junto al que había utilizado Reeves para llegar allí.

—No se olvide de poner dos muchachos en la comprobación de los movimientos de Pilgrim y la doctora señor.

—Descuida, machacón. A ver si encontráis a Spencer Blake.

CAPÍTULO VIII

Nadie sabía nada de Spencer Blake. Al menos, no lo sabía el portero del edificio de apartamentos donde vivía el enfermero. Ni tampoco un par de vecinos que fueron preguntados.

Finalmente, Killman y Reeves quedaron a solas con el portero, que parecía encantado de poder colaborar con el FBI.

—Pero sabrá usted, al menos, a qué hora volvió ayer tarde —sugirió Kelly.

—Serían las… seis quizá.

—¿Más tarde no?

—No, no… Quizá incluso unos minutos antes. No sé la hora exacta, pero, desde luego, no era más tarde de las seis.

Kelly quedó pensativo. La casa de los Dawlish estaba en Coconut Grove; Spencer Blake vivía en Opalocka. Había una buena distancia de un distrito a otro. De manera que si Blake había llegado a las seis lo más tarde, no pudo entretenerse más que unos pocos minutos con Michael Dawlish… Además, si a las seis había llegado a su apartamento, no pudo estar junto a Dawlish cuando éste moría desangrado, entre siete y ocho. A menos, claro está, que hubiese salido después, hubiera regresado a la casa de Dawlish y…

—¿No salió más tarde el señor Blake?

—Yo no lo vi. Y estuve hasta las diez ahí, oyendo la radio y leyendo el Miami Herald.

—Pero quizá él pudo salir sin que usted lo viese…

—No, señor. Ayer, precisamente, no. Otros días salgo a tomar una cerveza al bar de Pellini, y estoy allá unos a minutos. Ayer, no. Si salió, tuvo que ser más tarde de las diez de la noche.

De nuevo quedó Kelly pensativo. Si Blake había estado en su apartamento desde las seis hasta las diez, no se le podía relacionar con el caso…

—¿Acostumbraba a salir a esas horas?

—No, señor. Casi nunca salía. Hoy mismo me extraña mucho que no esté en su apartamento. Siempre se metía entre sus libros, y se pasaba, a veces, todo el fin de semana encerrado.

—Quizá esta semana decidió divertirse un poco el sábado —susurró Reeves.

—Sí —susurró Kelly—. Es posible, claro. Hum… Bueno, señor Fallon, ha sido usted muy amable. Hasta otra.

—¿Le digo algo al señor Blake si le veo?

—No… no, por favor. Ya seguiremos llamando por teléfono.

Los dos federales volvieron al coche. Kelly se sentó ante el volante, pero, una vez más, su ceño se frunció pensativamente. Estuvo así no menos de un minuto. De pronto, miró hacia el edificio.

—Vamos a entrar —dijo.

—¿Dónde? —exclamó Reeves.

Kelly se había apeado ya del coche, y recorría la acera a grandes zancadas. Reeves le alcanzó ya en el vestíbulo del edificio. Fallon, el portero, acudía rápidamente a su encuentro.

—¿Se ha olvidado…?

—¿Tiene usted la llave del apartamento de Blake señor Fallon?

—Sí… Desde luego. Tengo llaves dobles de todos los…

—Subamos. Vamos a entrar en ese apartamento. No tenemos la orden, pero si quiere la iremos a buscar.

—No, no… No hace falta… Un momento, voy a buscar la llave. Espero que el señor Blake no se disguste por esto…

CAPÍTULO IX

Desde luego que no.

Spencer Blake no se iba a enfadar por aquel allanamiento de morada. Ni siquiera se habría enfadado, aun que le vaciasen un cargador en el cuerpo. A fin de cuentas, por mucho que le hiciesen, no podrían dejarlo más muerto de lo que ya estaba.

El portero se quedó pálido, mudo de espanto, en el umbral del dormitorio. Kelly le hizo una seña a Reeves el cual se llevó al hombre al *living*, lo sentó en un sillón y se quedó mirándolo expectante.

—¿Se encuentra bien, señor Fallon?

—Dios mío…

—Cálmese. Quédese aquí quieto completamente… Le ruego que no toque nada. Absolutamente nada a partir de este momento… ¿Lo entiende bien, señor Fallon?

—Sí… Sí, sí…

—Bueno. Cálmese.

Regresó al dormitorio, echando un vistazo a su alrededor mientras caminaba. Un apartamento discreto, serio, bastante confortable, con buen gusto, pero no demasiado rico, precisamente. El apartamento de un hombre culto, pero con el dinero justo para invertir en cuadros o demás cosas superfluas.

El dormitorio expresaba lo mismo. Un hombre tenaz, que se iba abriendo camino poco a poco, solitario, luchando con todas sus fuerzas. En suma, un apartamento digno y serio.

Kelly estaba arrodillado junto a la cama, tocando apenas con dos dedos la muñeca derecha del cadáver de Spencer Blake, que colgaba por aquel lado de la cama. Y en el suelo, debajo mismo de aquella mano, una pistola.

—¿Suicidio? —Se sobresaltó Reeves.

—No sé… Está frío completamente y rígido ya; calculo que hace

no menos de veinte horas que ha muerto.

—¿De seis a diez de la tarde de ayer?

—Es posible. Pero dejaremos eso para el forense. Lo siento por él, pero tendrá que trabajar más este fin de semana.

—Tampoco nosotros lo estamos pasando divertido —refunfuñó Reeves.

Kelly se incorporó, puso los brazos en jarras, y se quedó mirando el rostro de Spencer Blake. En la sien derecha se veía el negro agujero hinchado por los gases de la combustión de la pólvora. Según parecía, Blake se había apoyado la pistola en la sien, y había apretado el gatillo. La bala había salido por encima de la oreja izquierda, de modo que por aquél, lado el espectáculo era espeluznante. La pistola era una automática del cuarenta y cinco, nada menos. Un disparo a quemarropa con aquella arma era poco menos que un cañonazo.

—¿Qué estás pensando? —inquirió Reeves.

—La verdad es que nada… Estoy confundido, George. Bueno, es posible que si nos dedicamos a pensar todo vaya teniendo una clara explicación. ¿Te has ocupado del portero?

—Está afuera, sentado. No tocará nada.

—Bien… Habrá que llamar al jefe, que envíe lo necesario… Todo está en orden aquí, las cosas en su sitio, todo limpio, los libros bien ordenados sobre esa mesa… Uno abierto…

—¿Crees que estaba estudiando cuando decidió suicidarse de pronto?

Kelly se acercó a la mesa que había en un lado de dormitorio. Igual que en el resto del apartamento, todo estaba en orden allí. Salvo un par de detalles: un cigarrillo se había consumido sin ser fumado, quedando convertido en un cilindro gris y curvado de ceniza, en el cenicero. Y la luz de un flexo estaba encendida, dando de lleno en las páginas del libro abierto. Un libro de medicina, desde luego…

—La sangre ha salpicado a todos lados —dijo Reeves—. Se ven manchitas por todo el dormitorio.

—Ve a llamar por teléfono, ¿quieres? Y dile al portero que regrese abajo. Ya no lo necesitamos.

Reeves salió del dormitorio, y Kelly le oyó hablar con Fallon. Luego oyó el disco del teléfono en el *living*…

Se acercó de nuevo al cadáver de Spencer Blake. Por supuesto, el lado izquierdo de la cabeza estaba horrible, y muy deformado el rostro. La parte derecha estaba en mejor estado, ya que la bala había entrado por aquel lado. Y una bala siempre hace más daño cuando sale que cuando penetra en un cuerpo.

Lo más asombroso era lo que se podía captar de la última expresión de Blake. Una expresión tranquila, normal. Para Kelly Killman, aquello era asombroso. Se imaginó a un hombre a punto de dispararse un balazo en la sien, y movió negativamente la cabeza… Bueno, al menos, él creía que si tomaba esa determinación, crisparía el rostro, haría una mueca de miedo o de desequilibrio emocional, de locura, de angustia, de tensión… De algo. No se imaginaba a un hombre pegándose un tiro con la misma tranquilidad con que se ata un zapato, por ejemplo.

Según todos sus conocimientos deductivos, había ocurrido lo siguiente: Spencer Blake llega a su apartamento, se sienta a la mesa sin cambiarse de ropa, se pone a estudiar medicina… De pronto, a una hora que el forense determinaría, se levanta, se tumba en la cama y se pega un tiro en la cabeza.

¿Factible?

George Reeves apareció en la puerta del dormitorio.

—Ya vienen.

CAPÍTULO X

El inspector Gordon alzó la vista del conjunto de informes rápida y provisionalmente extendidos para atender el caso de Spencer Blake.

—Supongo que tú has llegado a la misma conclusión que yo —dijo a Kelly, que hacía un par de minutos había dejado una copia sobre la mesa del despacho.

—Como los dos somos del FBI y tenemos más o menos un… paralelismo de deducciones, supongo que sí, señor.

Gordon lo miró con expresión casi divertida.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan disgustado?

—Es que no me gusta nada todo esto.

—¿Por qué?

—No lo sé. De veras.

El jefe de la Delegación del FBI en Miami asintió, con la cabeza.

—A mí tampoco me gusta el cariz de todo esto, Kelly. Sin embargo, los hechos… —Sonó el teléfono, y Gordon lo descolgó inmediatamente—. ¿Diga?

—¿…?

—Hola, Abe. Sí, dime…

—…

—¿Con toda seguridad?

—…

—Bien… Dales las gracias y llévalos a la casa de Dawlish. No, no es necesario que te quedes allí. Hasta luego.

Colgó y se quedó mirando a Kelly.

—Abe llevó a Harriett Whiters y a Jerry Pilgrim a la Morgue. Después que me avisasteis de lo de Blake me pareció interesante recordarles su promesa de examinar el corte de la amputación y demás detalles, de modo que envié a Abe a por ellos para que los llevase allá. Abe dice que los dos, la Whiters y Pilgrim, coinciden en

que las características generales de la… intervención corresponden a la técnica operatoria de Michael Dawlish.

—¿Y eso es todo? —Gruñó Kelly.

—Eso es todo. Volvamos al informe sobre la muerte de Blake. Según los hechos… No. Quiero decir que según el trabajo de nuestros técnicos, los hechos su cedieron tal como tú pensaste: Spencer Blake llega a su apartamento, se pone a estudiar o leer sin cambiarse de ropa, se fuma tres o cuatro cigarrillos… De pronto coge su pistola, se tumba en la cama, y se pega un tiro en la cabeza. Sus huellas están en la pistola, que por cierto, tiene silenciador acoplado de origen.

—¿La pistola estaba a nombre de Blake? ¿Se ha investigado eso?

—La pistola, Kelly, tiene el número de serie limado. No hay ni un solo dato en ella por el que pueda ser buscado su propietario.

El
G-man
miró vivamente a su jefe.

—¿Eso le parece a usted… normal?

—No. Pero se ha encontrado en el apartamento de Blake su licencia de armas. Y esa licencia corresponde a una pistola automática del cuarenta y cinco, cuya marca es la del arma encontrada junto a su mano.

—¿Se le ocurre a usted algún motivo por el que Blake quisiera tener un arma? ¿Se le ocurre otro motivo por el que, teniéndola, se molestase en limar el número de fabricación?

—No. Por eso no me gusta esto, Kelly. Veamos qué hay en el sobre de objetos personales hallados sobre el suicida…

Tomó un sobre de la carpeta que contenía el informe, abrió la solapa y lo invirtió, desparramando sobre la mesa su contenido.

—Veamos… Llaves, encendedor, tabaco, una factura. No, no es una factura… Es el resguardo de un envío certificado por Correos… Una pluma, monedas, billetes, carnet de conducir, dos pañuelos, un papel con anotaciones profesionales, otra llave suelta… Debe ser la del apartamento… Esto es todo.

—Lo corriente. ¿Se le ha hecho la prueba de parafina en la mano para comprobar si él había disparado?

—Ah, sí… Llegó aparte… Desde luego, el resultado ha sido positivo. ¿Puedo yo exponerte ahora mi teoría, Kelly?

—Debe ser la misma que se me ocurre a mí, pero… ¿es la correcta, señor?

Gordon encogió los hombros.

—Corrígeme cuando no estés de acuerdo —musitó—. Spencer Blake se queda a solas con Michael Dawlish, y quizá utilizando café o agua tónica o lo que sea, lo droga con LSD. Posiblemente, hasta el extremo de que Dawlish queda poco menos, que inconsciente. Entonces Blake procede a la amputación del brazo de su gran amigo, de su ídolo…

—Absurdo.

—Pero —pareció no oírle Gordon—, cuando está en el principio de la sutura, se asusta. Ha querido hacer una prueba, convencerse a sí mismo de que ya sabe mucho, de que puede llegar a ser médico… Y ve con horror que no es capaz de seguir, que la vida de Michael Dawlish se le está escapando. Lo deja allí tendido, y se va, huye, llevándose el brazo amputado. Lo tira por cualquier parte. Llega a su apartamento a las seis, es decir que, como máximo, estuvo con Dawlish hasta las cinco y media… Llega al apartamento, se encierra en él, y está tan aturdido, tan asustado, que no sabe qué hacer. Ni se le ocurre la idea de ponerse cómodo, de cambiarse de ropa… Quizá como un autómata, se pone a estudiar… Es decir, a intentarlo, queriendo olvidar lo sucedido… Pero no puede. Está asustado, horrorizado… Se levanta, coge la pistola, se tiende en la cama, y se suicida.

Se quedaron mirándose los dos, durante más de un minuto. Poco a poco, una fría sonrisa fue apareciendo en los labios de Kelly Killman. Una sonrisa que su jefe conocía muy bien.

—¿No, verdad? —musitó.

—Yo creo que no, señor. No tiene sentido. Vamos a admitir que Blake conociese bastante bien la técnica operatoria de Dawlish. ¿Por qué utilizarla? ¿Por si moría, para que todos creyesen que había sido el propio Dawlish quién se había amputado el brazo? Todo eso, y otras muchas consideraciones, no sirven de nada si tenemos en cuenta que Michael Dawlish era el ídolo de Blake. Lo admiraba, lo quería, lo respetaba. Dawlish le animaba, le ayudaba económicamente, le enseñaba… ¿Por qué matar a la gallina de los huevos de oro, aunque sea mirándolo fríamente, tan solo?

—Tienes razón. ¿Encuentras otra teoría, sin embargo?

—No.

—Bien —Gordon miró su reloj—. El forense no quedó precisamente feliz cuando lo volvimos a llamar, pero creo que se dará prisa. Dentro de unas tres horas, es decir, hacia las dos de la mañana, tendremos su informe. Vamos a tomar unos bocadillos y café, y repasemos una vez más todo el material de que disponemos… partiendo de la base de que en la casa no había huellas más que de sus ocupantes habituales, y de que mi teoría… es decir, nuestra teoría, no puede ser… definitivamente desdeñada. ¿Qué te gustaría comer ahora?

—Un brazo humano, no, desde luego.

—Te lo dije: eres maquiavélico. Vamos a ver qué encontramos, mientras hacemos tiempo esperando al forense.

CAPÍTULO XI

El forense señaló su informe.

—Esta autopsia ha sido más fácil. Todo mucho más simple: muerte lógica por balazo en la cabeza. Como vulgarmente se dice, se saltó la tapa de los sesos.

—¿Nada de LSD esta vez?

—No. Nada de nada. Muerte por balazo.

—¿A qué hora?

—Entre las diez y las doce de la noche de ayer. Es decir, hace ahora unas… veintiocho o veintiséis horas.

—¿No pudo ser de seis a diez? —preguntó Kelly.

—¿De seis a diez…? No. Quizá, apurándolo mucho, pudo ser a las diez… Quizá. Pero no antes. Más bien tenemos que buscar un período intermedio, esto es, entre las diez y media y las once y media.

—Entiendo. ¿Sin lugar a dudas?

—¿Puedo irme a dormir? —Bostezó el forense.

—Y que descanse —sonrió Gordon—. Espero que no tendremos que volver a llamarlo, doctor.

—Yo también lo espero. Parece que la gente esté esperando mis fines de semana con turno para matarse y hacer cosas raras. Buenas noches.

—Buenas noches, doctor.

Gordon y Killman se miraron cuando el forense hubo salido. Gordon se levantó, conteniendo a duras penas un bostezo.

—Creo que las dos de la mañana es una buena hora para descansar algo, Kelly. Los que quieran descansar unas horas para ver mañana las cosas con más claridad… ¡que levanten una mano!

Kelly alzó una mano, sonriendo y poniéndose en pie. Gordon había hecho lo mismo.

—Lo dejaré en su casa, señor. Y mañana a las nueve pasaré a

recogerlo para venir aquí.

—A las diez —gruñó Gordon—. Mañana… O sea, hoy, es domingo. Si ocurriese algo inesperado, ya nos avisarían. ¿Vamos a dormir?

CAPÍTULO XII

Kelly detuvo el coche con seco frenazo delante de la casa de su jefe, que esperaba ya en el borde de la acera, con expresión impaciente. Abrió la portezuela, se sentó junto a Kelly, y exclamó:

—Deprisa, Kelly.

—¿Qué ocurre, señor? Son apenas las nueve y media, y usted dijo cuando nos despedimos anoche…

—Sé lo que dije. Pero dos minutos antes de llamarte yo a ti esta mañana, me habían llamado a mí de la Delegación. Hay dos personas que quieren hablar con nosotros. Un matrimonio. Han hecho el viaje desde Jackson, Mississippi, en el primer vuelo dominical… Hace un día espléndido, ¿no es cierto?

—Mmm… Sí, espléndido. ¿Quiénes son esas personas?

—El señor y la señora Lighton. Ah, por supuesto, de lo que quieren hablar con nosotros es del asunto Dawlish. De ahí mi interés… ¿Estabas durmiendo cuando te he llamado?

—No… Pensaba. Ya estaba listo, en realidad. ¿Dice usted que ese matrimonio ha venido desde Jackson, Mississippi?

—Sí.

—Me suena el nombre… Bueno, quiero decir que estoy seguro de que hemos tenido algo que ver con esa ciudad no hace mucho… ¿Usted no recuerda qué cosa, exactamente?

—Creo que aún estoy dormido. Yo no tengo tus flamantes treinta años, hijo. Dame tiempo.

Kelly chascó dos dedos varias veces, pensativo.

—Jackson, Jackson, Jackson… En fin, ya lo recordaremos. A ver qué nos dicen el señor y la señora Lighton.

CAPÍTULO XIII

Él se llamaba Mervyn Lighton. Ella, Susan. Tan sólo al primer golpe de vista, los dos federales supieron catalogarlos inmediatamente. Personas de gran nivel mental, social y económico. Él se había puesto en pie apenas aparecieron en el despacho, tendiendo su diestra. Era alto, esbelto, arrogante, con un rostro simpático y varonil, muy tostado por el sol. Uno de esos hombres de auténtica clase. Susan Lighton tenía tanta o más clase que su marido. Elegante, sobria, todavía hermosa pese a rozar los cuarenta. Un detalle que quizá desentonaba en ellos era que ambos llevaban puesto el guante izquierdo. Ni siquiera en noviembre está justificado eso, a las diez de la mañana, en Miami.

Después de las presentaciones, Gordon señaló a Mervyn Lighton el sillón que había estado ocupando, y se sentó a su vez.

—Lamento no haber estado aquí para recibirlos, señor Lighton. Pero ni sabía nada de ustedes, ni… Bueno, anoche estuvimos trabajando hasta las dos, y… ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Gordon ofreció primero a la señora Lighton. Luego, al marido. Algo estaba dando vueltas en su cabeza, pero no acababa de pillarlo. Debía ser por aquello de que no tenía los flamantes treinta años de Kelly Killman.

Por su parte, el
G-man
miraba intrigado la caja alargada que había sobre la mesa del despacho de su jefe. Quizá de un par de pies. Estaba envuelta en papel grueso, pero se veía parcialmente. Era de corcho prensado hermética. Su anchura y su altura debían ser ambas de unas ocho pulgadas.

—Bien —sonrió afablemente Gordon—. Ustedes dirán.

—Hemos estado en la casa de Michael Dawlish, inspector. Allí

nos han dicho que el agente Killman, del FBI, estaba investigando el rarísimo casó, bajo sus órdenes. De modo que nos hemos atrevido a…

—Por favor, señor Lighton. Estamos a su disposición… ¿Qué puede decirnos sobre el caso del doctor Dawlish?

Los Lighton se miraron. Ella estaba un poco pálida, y su mano temblaba visiblemente, sosteniendo en alto el cigarrillo.

—Nosotros… Bueno, nosotros creemos que somos los culpables de la muerte de Michael Dawlish, inspector.

Gordon se desconcertó.

—¿Sí? —musitó.

—Tenga la bondad de abrir esta caja.

Fue Kelly quien la abrió, adelantándose a su jefe. Había estado deseando hacerlo desde el primer momento. Gordon se incorporó en su sillón y miró el contenido de la caja al mismo tiempo que su agente… Y también al mismo tiempo palidecieron los dos.

—El… el brazo… —musitó apenas Kelly.

—Por Dios…

Allá estaba el brazo de Michael Dawlish. O, por lo menos, había un brazo humano, fuese o no de Michael Dawlish. De un color cerúleo, seco, rígido; parecía una rama seca que bajo el capricho de la naturaleza había adoptado la forma del brazo de un hombre, con su mano… Estaba cortado a la altura del hombro. La caja se veía manchada de sangre, ya seca, naturalmente.

—Es impresionante, ¿verdad? —susurró Lighton.

—¿Impresionante? ¡Es horrible!

—Sí… Mi esposa se desmayó cuando abrió la caja. Yo no estaba en casa, pero como iba a nombre de los esposos Lighton, ella la abrió… Y se desmayó.

—Se comprende. Pero… Bueno, esto es… extraordinario, señor Lighton.

—Jamás… jamás pensamos que él llegaría a cumplirlo —musitó Susan Lighton.

—¿A cumplirlo? —inquirió Kelly—. A cumplir… ¿qué cosa, señora Lighton?

—Enviarnos su brazo izquierdo.

El

G-man,

que hasta entonces había permanecido en pie, acercó una de las sillas adosadas a la pared, y se sentó, tenso el rostro. Lo mismo que su jefe, estaba estupefacto y aturdido.

—Señora Lighton… Temo que no comprendemos…

—El doctor Dawlish se comprometió hace diez años a enviarnos su brazo izquierdo cuando… cuando le fuese posible.

—Debo estar durmiendo todavía —murmuró roncamente Kelly—. Sí, eso es: estoy durmiendo-y tengo una pesadilla.

—Ojalá fuese cierto, señor Killman —se lamentó Lighton—. Le aseguro que nadie lo celebraría más que mi esposa y yo. Por supuesto, si hubiésemos sabido que él iba a cumplir su promesa, le habríamos escrito hace tiempo, relevándole de ella. Hemos seguido su carrera paso a paso, y sabíamos que era una eminencia en cirugía… Jamás le habríamos permitido que cumpliese esa horrible promesa. Lo pasado… pasado está.

—No entiendo nada —admitió Kelly—. ¿De qué están hablando?

Los Lighton se miraron. Fue ella quien asintió con la cabeza. Entonces, ambos se quitaron el guante que cubría su mano izquierda. Ambas manos quedaron a la vista de los federales, que, tras un instante de estupefacción, se estremecieron. No eran manos de carne, manos normales, sino ortopédicas. Los esposos Lighton aún hicieron más. Se subieron las mangas de su brazo izquierdo hasta donde fue posible, mostrando casi en su totalidad la prótesis que sustituía sus brazos izquierdos. Los dos llevaban ese brazo artificial, a partir de un poco más abajo del hombro. Una estremecedora coincidencia… ¿Coincidencia?

—Lo lamento. Lo lamento de veras, señor Lighton. Ciertamente, yo vi sus guantes, pensé que quizá no correspondía llevarlos, pero no creí, no se me ocurrió que…

—Ya no tiene importancia, señor Killman —sonrió ella—. La verdad es que no hay mal que por bien no venga. Por supuesto, preferiríamos conservar nuestros brazos, pero, puesto que los perdimos, tuvimos que ingeniárnoslas para arreglar un poco el… desperfecto. Ocurrió que los brazos ortopédicos que estuvimos mirando no eran de nuestro agrado. Los encontrábamos… deficientes. De modo que decidimos utilizar nuestro mucho dinero para reunir a unos cuantos hombres que conocían su trabajo, y encargarles brazos artificiales que diesen un aceptable resultado.

Poco a poco, la… industria fue creciendo, y hoy día, nuestras prótesis de todas las partes del cuerpo se venden en todo el mundo. Digamos que el hecho de perder el brazo nos sirvió a los dos para… llegar a conseguir algo que está resultando útil en todo el mundo. Nuestros ortopedistas son los mejores del mundo, señor Killman.

—Sí… Claro… Dígame, señora Lighton, ¿cómo es posible que ambos perdieran el mismo brazo, y…?

—Fue durante el naufragio.

—¿El… naufragio? —Quedó atónito Kelly.

—Sí… Hace diez años, en una travesía del Pacífico… El barco se llamaba Great Pacific. Un hermoso trasatlántico, señor Killman. Mervyn y yo viajábamos en él, en la ruta San Francisco-Honolulú-Tokio… Un hermoso crucero de placer… con trágico desenlace.

—Entiendo. Sus brazos quedaron aprisionados por algo, y…

—No, no. Saltamos bien a una de las lanchas. El brazo lo perdimos en el mar…

—Querida —sonrió Lighton—, permite que sea yo quien lo explique. Estamos confundiendo a estos señores.

—Por supuesto, amor —sonrió también ella.

Gordon y Killman cambiaron una rápida mirada. Aquella pareja de personas ya adultas se miraban sonrientes, con los ojos brillantes, igual que dos muchachitos enamorados. En absoluto parecían desdichados, o descontentos de la vida. Por el contrario, todo en ellos era serenidad, agrado, afabilidad. Evidentemente, eran del todo dichosos, y se amaban profundamente, seriamente.

—El hecho fue que el trasatlántico Great Pacific naufragó, señores. Se botaron las lanchas salvavidas, y la mayoría de los pasajeros fueron pronto recogidos. Pero, quizá debido a una corriente marina, el bote en el que íbamos mi esposa y yo y tres personas más, se separó de los otros. Fue mala suerte, simplemente. Uno de los pasajeros de ese bote era el doctor Michael Dawlish, quien, desde luego, no abandonó su maletín, su equipo flamantísimo que llevaba de San Francisco a Honolulú, donde pensaba ejercer durante un tiempo. Bien… El bote iba equipado un poco… deficientemente. La verdad es que fuimos de los últimos en abandonar el barco, y me temo que nos quedamos con la peor parte de las posibilidades de supervivencia.

—Pero no habría ocurrido nada si no nos hubiésemos separado

de los otros botes, querido —recordó Susan Lighton.

—Ah, eso por supuesto, Susie. Pero el caso es que, por la mañana, nos encontramos solos en el mar. Mar y cielo, eso era todo. Naturalmente, todos pensamos que nos encontraríamos muy pronto, y el primer día casi hubo buen humor a bordo del bote. Mientras tanto, la corriente nos iba llevando más y más lejos de donde, más tarde lo supimos, nos estaban buscando con aviones. Los grupos de rescate nos buscaban cerca de donde habían sido halladas las demás lanchas de salvamento, y claro, no nos encontraron. Hubo cierta confusión, consideraron que no había más botes que buscar que los ya encontrados, y hasta bastantes días después, tras indagaciones, conjeturas, informes y otras cosas, no se llegó a la conclusión de que faltaban pasajeros y el bote pequeño del trasatlántico, una especie de juguete que el capitán utilizaba personalmente cuando hacía escala larga en puertos importantes. Total: que nos perdimos en el océano Pacífico… Sí, gracias.

Lighton aceptó otro cigarrillo de Gordon, y su esposa lo miró con amable reproche.

—Estás fumando demasiado últimamente, Mervyn.

—Tienes razón, querida. Bueno, estos días no podré evitarlo… A mis nervios les va bien el tabaco.

—Pero no a tus bronquios.

—Mujer, estás exagerando… Oh, perdón —miró a los estupefactos federales y sonrió—. Esto… Ah, sí. Decía que nos perdimos en el océano Pacífico, nada menos. Perdidos completamente, señores… Náufragos iguales a esos de las novelas y los chistes… Pero no era un chiste, se lo aseguro. Y… el primer día, incluso hubo buen humor. El segundo, ya no tanto. A la tercera noche, uno de los pasajeros cayó por la borda del pequeño bote, debido al fuerte oleaje, y…

—¿Ya no salió? —musitó Gordon.

—No, señor. Créame que lo estuvimos buscando lo mejor que pudimos y supimos, pero no lo encontramos… Al día siguiente, el otro pasajero tenía una tos tan fuerte que asustó a Michael Dawlish. Luego cesó la tos, se quedó pálido, enfebrecido… Ni siquiera teníamos con qué protegernos del sol. Por la tarde, Dawlish nos dijo que el otro pasajero había muerto.

—¿De qué?

—Pues había de todo: pulmonía, sed, insolación… De todo un poco. Tiramos el cadáver al mar, porque Dawlish aseguró que antes de la mañana olería mal, y que en cuanto empezase a tocarle el sol, sería imposible soportar su hedor. De modo que lo tiramos al mar… Tres días más tarde…

Se pasó la lengua por los labios. Parecía haber perdido parte de su jovialidad.

—Tres días más tarde, la situación era insostenible. Agua por todas partes. Sólo agua. Por contraste, la sed nos estaba matando, y el hambre nos iba minando lentamente. Estábamos llagados por el sol, con poquísimas fuerzas, medio ciegos de salitre, sol y hambre. Creo… creo que fui yo mismo quien comentó algo sobre el canibalismo… Me parece que dije algo así como que para comprender a alguien, sólo hay que vivir en su circunstancia. Bien… El doctor Dawlish me siguió la conversación durante un par de minutos, apenas. Estábamos demasiado cansados y abatidos para gastar fuerzas charlando. Dos horas más tarde, Susie —miró fugazmente a su esposa— comentó que no le importaría ser caníbal con tal de poder comer y beber… Me parece que ustedes ya están comprendiendo la verdad, señores. ¿Cierto?

Gordon y Killman habían palidecido intensamente, casi hasta la lividez. Miraban a Mervyn Lighton con ojos fijos, hierática la expresión. Parecía que ni siquiera oían, pero, evidentemente, no era así.

—Sí —musitó Lighton—. Poco a poco, fuimos… cambiando comentarios. No tardamos mucho en admitir los tres que habríamos comido lo que fuese. Dawlish dijo que… que la carne humana es perfectamente comestible y digerible, y que la sangre es una bebida… vigorizante. Yo… yo…

Kelly sacudió la cabeza y se levantó como un autómata. Se acercó a Lighton, solícito.

—¿Se encuentra bien, señor Lighton?

—Sí, sí… Es que… Si me permiten, yo… ahorraré algunos detalles de… de nuestras conversaciones y opiniones sobre… sobre todo esto…

—Desde luego. No se atormente. Díganos solamente lo que considere oportuno.

—Gracias. Resumiendo, llegamos a concebir la idea de comer

carne humana: la nuestra. Dawlish dijo… dijo que estaba seguro de que no podían tardar en encontrarnos, y que él tenía una solución, que quizá no nos satisficiese, pero que era la única.

—¿Cortarles un brazo a cada uno? —jadeó Gordon.

Lighton asintió con la cabeza.

—Primero me ofrecí yo. No estaba dispuesto, por el momento, a que le ocurriese nada malo a Susan, y en cuanto a Dawlish, era el único que podía proporcionarnos carne sin sacrificar ninguna vida. Ni Susan ni yo, desde luego, habríamos sabido amputar un brazo, de modo que Michael Dawlish era intocable. Cuando estábamos pensando en mi otro brazo, o en una pierna, Susie dijo que… que no era justo que yo perdiese dos miembros y los demás ninguno. Y ofreció su brazo izquierdo… ¿Alguna vez han estado a punto de morir de hambre y de sed?

Los federales movieron negativamente la cabeza, y Lighton esbozó una sonrisa que casi pareció siniestra.

—Je… Es algo espantoso, increíble, infrahumano, lo que se siente cuando sabemos que el hambre puede matarnos de un momento a otro, y la notamos en todo el cuerpo como… como un humo que se está llevando nuestra vida… No quiero entrar tampoco en detalles de esta clase. Yo… lo que más amo y he amado siempre ha sido a mi esposa… ¿Se imaginan cómo debíamos estar todos para que yo consintiese la entrega de su brazo? Estuve… estuve a punto de matar a Dawlish, y así, Susie seguiría bien, sin… sin menoscabo, y… Pero, a pesar de la fiebre que tenía entonces, producida por la amputación, de mi debilidad, de mi hambre y de mi sed, comprendí que si en algún momento íbamos a tener posibilidad de salvación, de supervivencia, sería únicamente gracias a Michael Dawlish. De modo que él… procedió con Susie a… Bien…

—No es necesario que nos diga nada, señor Lighton —musitó Gordon—. Ya hemos comprendido…

—Oh, ya no vale la pena callar. El resto es menos terrible… Yo le dije a Dawlish, a la mañana siguiente, que sería mejor acabar de una vez, morirnos todos. Él dijo que un médico jamás se rinde, y que si el hombre pierde la vida… ¿qué tiene entonces?

—Bueno… Es difícil imaginarse la posesión de algo sin tener la vida —admitió Kelly—. Siga, señor Lighton.

—La… las últimas «provisiones» nos duraron tres días. Al cuarto,

fuimos hallados por un hidroavión australiano, cerca de no sé qué pequeña isla a menos de cincuenta millas de la islas Marquesas. Cuando comprendí que estábamos salvados, le dije a Dawlish, con furia, desde luego, que él no había perdido gran cosa con aquel naufragio… Él me contestó que habríamos muerto los tres de no haber hecho las amputaciones… Esto era cierto, sin duda, pero no era gran consuelo para mí, a mis treinta y cinco años que tenía entonces… Estaba tan irritado, que Dawlish me dijo que si ello me servía de consuelo, algún día me enviaría su brazo izquierdo. Y yo acepté. Le exigí que recordase su promesa. Creo que estaba loco de rabia, de despecho… No por mí solamente, sino por Susie, por lo que había ocurrido… La verdad es que los tres nos avergonzábamos de lo que había ocurrido, y convinimos en no decir la verdad. Dawlish dijo que informaría que nos habíamos herido en un brazo, que se había infectado, que había tenido que amputar… Prometimos los tres guardar el secreto. Era lo mejor… Pero cuando nos despedíamos tres semanas más tarde, yo le recordé a Dawlish su promesa. Él se iba, y Susie y yo continuábamos en cama… Dawlish no dijo nada. Sólo me miró fijamente, asintió con la cabeza y se fue.

—¿No se han vuelto a ver más?

—Nunca. Nosotros sabíamos de él, y él de nosotros, pero jamás volvimos a vernos. Mi esposa y yo decidimos olvidar aquello. Y ni por un instante pensé que Michael Dawlish iba a cumplir algún día su promesa.

—Pero lo ha hecho, según parece.

—Sí… Eso parece. Pero le aseguro, inspector, que nosotros jamás habríamos exigido…

—Vamos, vamos, señor Lighton, nadie va a acusarles de nada… Esto es una locura. ¡Por Dios, jamás escuché nada semejante! Es… ¡es increíble!

—Sin embargo, señor, todo está más claro ahora, creo —apuntó Kelly.

—Sí… Eso parece. Spencer Blake debió ayudar a Dawlish… Él debía ser el encargado de enviar el brazo a Jackson, Mississippi. Ayudó a Dawlish en la amputación, se asustó cuando vio que Dawlish se desvanecía, no supo qué hacer… Salió de allí, como aturdido. Envió el brazo, se fue a su apartamento…

—Todo muy lógico, señor. Si no fuese porque nadie es capaz de

cumplir esa clase de promesas. Yo no me cortaría el brazo para enviárselo a nadie. Y menos, sabiendo que de nada les iba a servir… Esto es completamente increíble y absurdo, señor.

—Bien… Los hechos son los hechos, ¿no? ¿Se te ocurre ahora alguna otra explicación a todo esto, Kelly?

—No… Eso no, claro. Voy a llevar este… este brazo, para que tomen las huellas digitales, a ver si coinciden con las de Dawlish. Aunque es de suponer que sí, pues no creo que, puesto a enviar un brazo, envíe el de otra persona… ¿Cómo lo recibieron?

—Por correo aéreo y pronta entrega, anoche. Inmediatamente, encargamos los billetes de avión para Miami —contestó Lighton.

—Bien. ¿Se quedarán en la ciudad?

—Unos días. Ya que estamos aquí…

—¿Tienen ya hotel?

—No. Buscaremos uno en Miami Beach, y les llamaremos para que sepan cuál es, por si nos necesitan en cualquier momento.

—Son ustedes muy amables, señor Lighton.

—¿Usted cree? —sonrió tristemente él.

—No se culpe de lo sucedido. Eso no sería razonable… Del mismo modo que no lo es que una persona cumpla su promesa de entregar un brazo. Evidentemente, algo falló en la cabeza de Michael Dawlish. No se atormenten y disfruten de su estancia en Miami. Hasta la vista.

Los Lighton salieron del despacho de Gordon, acompañados por Kelly hasta la puerta de la Delegación. Allí se despidieron, y el G-man llevó la caja conteniendo el brazo, a Huellas, para su identificación. Cuando regresó al despacho de Gordon, iba rumiando, y apenas entrar espetó a su jefe:

—¿También falló algo en la cabeza de Blake, señor?

—Lo estaba pensando —musitó Gordon—. No se trataría de un… posible perturbado, sino de dos. Aun suponiendo que Dawlish se hubiese vuelto loco de remate, es de esperar que Blake lo hubiese dominado, de un modo u otro, impidiéndole esa barbaridad… ¿Qué opinas de los Lighton?

—Buenas personas. En cuanto a su historia… ¡Brrr! Supongo que nadie la va a creer si la contamos. Cosa que no pienso hacer, desde luego. Espero que se diviertan aquí durante unos días. No creo que

en Jackson, Mississippi, hayan… Un momento… ¡Claro! ¡Jackson, Mississippi!

—¿Qué es ahora? —farfulló Gordon.

—Déjeme el sobre que contiene lo que se encontró en el cuerpo de Spencer Blake, señor.

—Es verdad… —dijo Gordon—. Jackson, Mississippi… ¡Claro que era eso!

El propio Gordon sacó del sobre el resguardo del certificado enviado desde Miami a Jackson. Mississippi. El papel, como las demás cosas que contenía el sobre, había sido encontrado en los bolsillos de Spencer Blake. Los dos se lo quedaron mirando.

—Bien —suspiró Kelly—. Casi me decepciona esto, señor. Había tenido la esperanza de que aún no estaba la cosa clara.

—Pues no puede estarlo más, hijito. Éste es el resguardo de un paquete enviado el viernes a Jackson, Mississippi. Estaba en un bolsillo de Blake. Los Lighton han recibido el brazo. Blake se suicida… Asunto terminado.

—Si Dawlish estaba de acuerdo con la presencia de Blake… ¿qué motivo había por parte de uno u otro para que él ingiriese LSD?

—Quizá lo hacía con frecuencia. Es posible que fuera un vicioso, y que por eso mismo enloqueciera.

—Sí… Es posible.

—Te invito a café. Ah, oye, podrías encargarte de avisar a la familia respecto al sepelio de Michael Dawlish. Entérate de todo, y se lo dices a Irene y a Tom Sterling.

—Sí, señor… Y hasta es posible que yo asista al entierro.

Gordon se lo quedó mirando astutamente.

—¿De veras? ¿Por qué?

—No sé. De todas maneras me aburriría esta tarde… Detesto los domingos.

—Hombre, ¡pero hasta el punto de dedicarte a ir a un entierro!

CAPÍTULO XIV

El reverendo Tomason estaba pronunciando sus palabras de despedida al difunto, encomendándolo a la piedad del Señor. Luego, sin duda, recitaría unos versículos. Y por último, dedicaría unas palabras de consuelo a los familiares, recordándoles que la muerte no es más que el gran paso hacia una vida mejor, y que nadie muere realmente…

Kelly Killman estaba un poco retrasado con respecto a la hija y el sobrino de Michael Dawlish, inmediatamente detrás de los cuales estaban Ann Gray, Harriett Whiters y Jerry Pilgrim. Y cerca de Tom Sterling, una muchacha muy joven, rubita, de grandes ojos azules que no conseguían expresar ni siquiera seriedad, a pesar de su evidente y bien intencionado deseo de conseguirlo.

Seguramente se trataba de Dorothy, la alegre estudiante de medicina que vivía en Miami con una formidable asignación de sus pudientes papás. Kelly pensó que ya era un buen detalle por su parte haber abandonado las diversiones de un domingo en alegre compañía para asistir a un entierro. De donde se desprendía que quizá era posible que Tom Sterling, tal como había asegurado, consiguiese casarse con ella…

Sin saber por qué, Kelly volvió la cabeza de pronto. Y no se sorprendió en absoluto al ver a poca distancia de él a Phil y Harry, dos de sus compañeros en el FBI. Fue Harry quien le hizo una seña, y Kelly recordó de pronto que habían sido ellos dos los encargados de comprobar las coartadas de Harriett Whiters y Jerry Pilgrim.

Volvió a mirar hacia adelante. Tom Sterling también había vuelto ligeramente la cabeza, pero la giró de nuevo al frente, con toda rapidez, cuando el
G-man
miró hacia allí. Los demás seguían pendientes de las palabras del reverendo Tomason.

Kelly dio media vuelta y se dirigió a donde le esperaban sus compañeros. Los tres se apartaron un poco más. Había una gran paz de domingo por la tarde en el cementerio. Se veían personas delante de muchas tumbas, que quedarían adornadas con flores frescas…

—¿Qué hay? —musitó Kelly.

—Te hemos estado llamando al coche, pero como no contestabas, llamamos al jefe…

—¿Y bien?

—Él nos dijo que te encontraríamos aquí, así que…

—Eso no importa, Harry. ¿Qué habéis sabido sobre esas dos personas?

—Pues parece que la cosa no está muy clara, Kelly. No estamos muy seguros respecto a él, pero ella ha mentido.

—¿La doctora Whiters ha mentido? —musitó el agente federal—. Supongo que os habéis enterado bien, Harry.

—Hombre, Kelly…

—Emmm… Perdona. Bien, adelante con ello.

—No es cierto que ayer utilizase su coche para pasear por Miami. Si no recordamos mal, en el informe ponía que ella había ido en su coche, reparado finalmente el viernes.

—Sí… Eso dijo.

—Pues no. Hemos estado en el garaje… Bueno, es garaje y taller de reparaciones. Ella, en efecto, había llevado el coche a reparar el lunes. Llamó por teléfono el viernes por la noche, preguntando si ya estaba listo, y le dijeron que sí. Pero no fue a retirarlo el sábado por la mañana, sino por la tarde. Alrededor de las seis. Algo antes…

—Entiendo. Debió recogerlo para desplazarse a la casa de los Dawlish, cuando yo la cité allí. Es decir, que, por lo que sea, la doctora Whiters ha mentido. Puede que sea un pequeño detalle esto del coche, pero… habrá que interesarse más a fondo por el asunto.

—¿Te refieres al de la amputación, todavía?

—Claro…

—Pero el jefe dijo que ya estaba solucionado… Claro que nos lo dijo con cierto… tono extraño. Aclaró que si queríamos pasarte el informe a ti, nos lo agradecerías, porque en algo tenías que distraerte esta tarde del domingo.

—Tenemos un jefe con muy buen humor, casi siempre. Y muy astuto —sonrió Kelly—. ¿Qué hay de Pilgrim?

—Bueno… Eso ya fue más difícil. Y sin resultados tan… evidentes como los obtenidos con la doctora Whiters. Es cierto que Jerry Pilgrim se marchó con su lancha el viernes por la tarde.

—¿A qué hora?

—Le vieron, que sepamos, tres personas, que estaban revisando sus lanchas en el embarcadero… Parece ser, si sacamos un promedio, que salió del embarcadero hacia las seis y media o siete.

—La hora concuerda, aproximadamente. Pero —Kelly sonrió secamente, entornando los ojos—, según me parece, tenéis algo más que decir. Adelante con ello.

—Es sólo una opinión… ¿Tú has ido a pescar alguna vez?

—Pues no… Me gustan otras cosas.

—Yo sí he ido —intervino Phil—. Es emocionante… para el que le gusta, claro. Bueno, al grano. Un pescador que cuide sus «armas», jamás las deja sin lavarlas con agua dulce. El salitre corroe el carrete, su mecanismo, el sedal… Bien, pues el carrete de Jerry Pilgrim estaba completamente limpio, bien lavado con agua dulce, engrasado muy expertamente.

—Parece que es cuidadoso con sus… «armas», ¿no? Pero no veo adonde quieres ir a… Un momento. ¿Habéis visto ese carrete?

—Eso es —sonrió Phil—. Yo lo vi y lo examiné.

—En la lancha, naturalmente.

—Ajá. Ya has comprendido.

—Espera, espera… Veamos esto: Jerry Pilgrim, cuando llegó ayer de pescar, no subió su carrete a su apartamento, ya que de haberlo hecho, vosotros no lo habríais visto en la lancha. ¿Es eso?

—Eso.

—Bien… Entonces, no subió el carrete a su apartamento cuando llegó de pescar. Me dijo que hacía pocos minutos que había llegado cuando yo lo llamé, y vino inmediatamente aquí. No ha podido engrasarlo y limpiarlo hoy, porque ha pasado la noche del sábado y todo lo que va de domingo en la casa de los Dawlish. Sin embargo, el carrete estaba en perfectas condiciones para ser guardado hasta otra ocasión… ¿Qué sugiere esto, Phil?

—Que no utilizó el carrete.

—Quizá utilizó otro…

—Había tres. Todos ellos limpios y engrasados. No los usó, Kelly, te lo aseguro.

—Y me dijo que había pescado un pompano y una barracuda de más de cuarenta libras… Mintió, ¿eh?

—Yo sólo me guío por las evidencias, Kelly. Quizá tenía otro carrete más, se le estropeó, lo tiró al mar… No sé. Pero, por el momento, el resultado de nuestro trabajo parece indicar que ambos mintieron.

—Bien… ¡Bien! Me apuesto algo a que este asunto no ha terminado. Ha sido un buen trabajo, chicos. Muy agradecido. Por cierto, ¿no habéis visto a Reeves, a George?

—No… ¿Por qué?

—También le encargué una cosilla esta mañana. Supongo que no le está siendo fácil, en pleno domingo… Bueno, ya me llamará.

—¿Algo más, Kelly?

—Nada, gracias. Ya nos veremos.

—Seguro. Adiós.

—Adiós, muchachos…

Regresó al sitio que había ocupado antes. La doctora Whiters se había vuelto muy discretamente, y él simuló no darse cuenta. El reverendo Tomason estaba terminando… Tardó menos de un minuto. Se despidió y pasó cerca de Kelly, mirándole con el ceño un tanto fruncido.

El G-man vaciló antes de hacerles una seña a Pilgrim y Harriett Whiters; pero la duda no le duró mucho: era mejor hablar con los dos a la vez, de modo que ninguno de ellos pudiera prevenir al otro con una seña o una mirada…

—¿Desea usted algo, señor Killman? —preguntó Harriett.

—Sí… De los dos.

—¿De los dos? —Frunció el ceño Pilgrim, hoscamente—. ¿Qué cosa?

—La verdad.

—¿Qué… qué verdad? —musitó Harriett.

—Ustedes me mintieron ayer. Usted, doctora, no estuvo utilizando su coche. Y usted, doctor Pilgrim, no pescó nada, por la sencilla razón de que no utilizó sus aparejos. ¿Lo hizo a mano, quizá?

—Tenga cuidado con lo que dice, señor Kelly. Ni siquiera siendo

del FBI puede usted…

—Doctor Pilgrim, ¿usted tiene algo que temer de la ley en general o del FBI en particular?

—¡Desde luego que no!

—Entonces, dígame dónde estuvo realmente.

—Ya le dije ayer que…

—Es inútil, Jerry —suspiró Harriett—. Nuestras pequeñas mentiras pueden engañar a una persona como Michael, o a su hija, Pero no a un agente del FBI.

—Él no tenía derecho a dudar de nosotros…

—Lo ha hecho —sonrió Harriett—. Y si no le decimos la verdad nuestra, quizá él se fabrique una a su medida, mucho peor para nosotros… ¿No es cierto, señor Killman?

—Temo que así sería, doctora.

—Bien… Jerry y yo estuvimos juntos desde el viernes por la tarde cuando nos fuimos de la casa de Michael, hasta el sábado a las cinco, en que nos separamos para ir cada uno a su apartamento.

—¿Estuvieron juntos esas veinticuatro horas?

—Sí.

—¿Dónde?

Harriett Whiters se mordió los labios, antes de musitar:

—En un motel. Alquilamos una cabaña.

Killman parpadeó. Un poco abochornado.

—Bien… Pero quizá no comprendo todavía…

—Jerry y yo nos queremos, señor Killman. Estuvimos en un motel, simplemente. Yo creo que es fácil de comprender.

—Sí… Sí, desde luego… Les aseguro que mi intención no era inmiscuirme en cosas tan íntimas… Bueno, yo me pregunto por qué tienen que ir a un motel para estar juntos y… Ejem… Quiero decir que si se quieren, lo más normal es casarse, ¿no? Además, ustedes me han producido la impresión de ser tan sólo dos buenos amigos, compañeros de trabajo…

—Teníamos que ocultarlo, señor Killman. Al menos, por el momento. No sabíamos cómo decírselo a Michael. Pero mientras lo ocultábamos, pues nos… nos veíamos en un motel diferente cada semana.

—Ya… Se lo ocultaban a Michael Dawlish, entiendo… ¿Por qué motivo, si puede saberse?

—Porque Michael estaba enamorado de mí. Me… propuso matrimonio, pero yo fui dándole largas a la respuesta. Ya amaba a Jerry, y nos habíamos visto varias veces en un motel. Me pareció que si le decía la verdad a Michael, lo iba a… a lastimar muy profundamente. Era un hombre muy sensible, sin malicia de ninguna clase. Para él, yo era una mujer maravillosa… No me atreví a decírselo, por no herirle. Además, estaba nuestra tarea profesional. Si le hubiese dicho la verdad, habría sido imposible que continuásemos trabajando con él.

—Pero el doctor Dawlish se habría enterado, tarde o temprano, ¿no cree?

—Quizá. Pero nosotros estábamos buscando el modo de decírselo sin lastimarlo… No sé…

—Creo que entiendo. Bien, ésta es una más de esas pequeñas sorpresas que siempre surgen en todos los casos. ¿Puedo saber en qué motel estuvieron ustedes?

—En el Colonial Inn Resort Motel. Está en Miami Beach, en el dieciocho mil ochocientos uno de Collins Avenue.

—Supongo que también comprobará eso —gruñó Pilgrim—. Por lo tanto, le conviene saber que nos registramos con otros nombres, señor Killman.

—Claro… Es una elemental medida de discreción. ¿Qué nombres utilizaron?

—Señor y señora Towers. Cabaña quince.

—Está bien.

—¿Lo comprobará? —musitó Harriett.

—Es posible, doctora. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno… —Gruñó Pilgrim—. Supongo que usted será discreto, señor Killman. Comprenda que…

—Sobre eso no deben tener preocupación alguna —aseguró Kelly—. El FBI no va chismorreando por ahí, doctor Pilgrim.

—Gracias. Hay… otra cosa que no entiendo… ¿Por qué se interesa tanto por nosotros?

—No sólo por ustedes, sino por todo el mundo. Cuando el FBI interviene en un caso, doctor, ya no lo suelta hasta tenerlo perfecta y definitivamente aclarado. Lo decimos o no lo decimos, pero en nuestros archivos está siempre la auténtica explicación de todo. Me parece que les están esperando. Salgamos.

Salieron del cementerio. Irene Dawlish, Ann Gray y Tom Sterling estaban juntos en actitud de espera, junto al «Comet» de los Dawlish.

—Ah, otra cosa —dijo Kelly, deteniéndose y encendiendo un cigarrillo con un encendedor que parecía funcionar algo mal—. Les ruego que no digan a los demás que me intereso por los pasos de todos. ¿Puedo contar con ello?

—Sin duda. Pero, señor Killman… ¿qué se propone usted?

—Lo de siempre, doctor Pilgrim —le miró fijamente Kelly—: descubrir toda la verdad. Toda. Les acompaño… Debo despedirme de la señorita Dawlish…

CAPÍTULO XV

Se sentó ante el volante, fumando pensativamente. Desde luego, la coartada de Harriett Whiters y Jerry Pilgrim era ahora irrefutable. Y resultaba comprensible que hubiesen mentido…

Abrió un compartimiento del tablier y sacó la radio de bolsillo, que accionó, todavía pensativo.

—¿George? —preguntó.

Se oyó inmediatamente la voz de Reeves.

—¡Kelly! Te he estado llamando y no contestabas…

—Dejé la radio de bolsillo en el coche.

—Pues ahora iba yo hacia el cementerio. El jefe me ha dicho…

—Ya sé, ya sé… ¿Dónde estás, exactamente?

—La Catorce y Biscayne.

—Pues espérame ahí, porque tendrás que volver a la Delegación. ¿Me has conseguido lo que te pedí?

—¡Je! Ha sido un lindo trabajo, en domingo. Tuve que…

—Al grano, George.

—Okay. Se trata de una chica. Su nombre es Felicia Conway, y vive en Hialeah, en el ciento veinte de West 45th Place.

—Buen trabajo. No te muevas de ahí. Enseguida me reúno contigo.

CAPÍTULO XVI

George Reeves había tocado suavemente el claxon, de modo que Kelly lo localizó enseguida. Fue allá, entró en el coche y tendió su encendedor al otro
G-man.

—Las quiero inmediatamente. Lo antes posible, ¿eh, George?

—De acuerdo. ¿De quién son las fotos?

—Pilgrim y Harriett Whiters.

—¿Para qué las quieres? —se asombró Reeves.

—Comprobaciones. Ellos mintieron en su coartada. Ahora dicen que estuvieron en un motel, con el nombre de señor y señora Towers. En Miami Beach.

—Vaya… —resopló Reeves—. La vida es un asco, muchacho. ¿Qué hago cuando tenga las fotos? Porque eso es cuestión de minutos…

—Llámame por la radio de bolsillo, y veremos qué conviene hacer. Veamos qué trabajo me han hecho en Fotografía.

Tomó el sobre que le tendía Reeves, lo abrió y sacó varias fotografías. Todas ellas de Spencer Blake, ya cadáver.

—Veremos qué dice esa chica de Hialeah.

—Kelly, ¿no te estás complicando la vida?

—Es posible. Pero quiero estar completamente seguro. ¡Qué demonios, maldita sea…! Ningún hombre en su sano juicio se corta el brazo. Y también hace falta estar loco para cortarle el brazo a otra persona y luego enviarlo por correo…

—Dawlish había tomado LSD.

—O se lo hicieron tomar, ¿no?

—Claro… ¿Quién sabe?

—Todo esto es como un cuento de fantasmas, Reeves. Sólo puede convencer a los niños. O a los tontos. Nosotros, ni somos niños, ni muchísimos menos, somos tontos.

—Está bien, tú llevas la batuta en esta ocasión, de modo que tocaremos el violín al compás que marques. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Visitar a esa chica de Hialeah?

—Exactamente.

CAPÍTULO XVII

La casita número ciento veinte de la West 45th Place estaba delante mismo de uno de los canales que tanto abundan en Hialeah y que, finalmente, van a dar al Miami Canal, que desemboca en Biscayne Bay. Se veían lanchas blancas y de vivos colores alegres, amarradas a los embarcaderos. La quietud, el silencio, eran totales, como algo denso, casi palpable, casi visible.

Había un jardín delante. Y unos bien cuidados setos dificultaban considerablemente su visión. Apenas se veía nada. Excepto la parte alta de la casita, de tejado rojo y persianas azules en marcos blancos.

Pero no… El silencio no era tan absoluto. Se oía rumor de agua, como chapoteos o zambullidas. Seguramente había una pequeña piscina en la parte de atrás, y alguien aprovechaba el tibio sol para tomar un baño y luego tostarse prudentemente.

Tiró de la cadenita y oyó el sonido de la campanilla bastante lejos. Pocos segundos después, por entre las verjas pintadas de blanco, vio venir a la muchacha, y la expresión del agente del FBI se animó considerablemente. Qué caramba, ya estaba bien de ver muertos y brazos cortados, y charcos de sangre… Y entierros.

Sin duda alguna, ver de cuando en cuando a una chica en bikini, es una terapia de óptimos resultados, por decaído que esté el ánimo. Y aquella chica, además de acudir a abrir en bikini, tenía un tipito sensacional, y una gracia de movimientos tremenda.

«Bueno —pensó Kelly—. Al menos habrá habido algo agradable en todo este asunto. Un ratito de charla con esta muñequita me hará recordar que hoy es domingo, y que la vida es bella».

La muchacha abrió la verja y se quedó mirándolo, sonriendo tan simpáticamente, que el
G-man
se encontró haciendo lo mismo.

—¡Hola! —dijo ella—. ¡Bienvenido!

—Muchas gracias —amplió el
G-man
su sonrisa—. ¿Vive aquí la señorita Conway… Felicia Conway?

—En efecto.

—Emmm… ¿Es usted?

—No —rió ella—. ¿Quiere usted verla?

La sonrisa se esfumó del rostro de Kelly Killman. Adiós al ratito de charla con una linda chica en bikini.

—Si es posible…

—Oh, sí… Felicia le recibirá, claro que sí… ¿A quién anuncio? ¿Paul Newman?

—No, no. Yo… ¿Opina que me parezco a Paul Newman, señorita?

—¡Es idéntico! —volvió a reír ella—. Pero un poco más alto… ¡Ay!

—Bueno… —Recuperó Kelly su sonrisa—. Es usted muy amable… ¿Puedo pasar?

—¡Naturalmente! Lo que no podrá hacer, es quedarse. Forma parte del convenio, ¿sabe? Ahora mismo avisaré a Felicia de su visita, señor Newman.

—No, no… Solamente me llamo Kelly Killman.

—¿De verdad? Pues también parece nombre de artista, ¿no cree?

—Nunca se me había ocurrido. Pero si usted lo dice…

—¡Claro que sí! Oh, voy a avisar inmediatamente a Felicia. Vaya hacia la casa. La puerta está abierta… No tire ceniza por ningún lado, ni ponga los pies en los sillones, o cosas así.

—Tendré mucho cuidado.

La muchacha desapareció por un lado de la casa, caminando con aquel ritmo veloz y eléctrico… Por lo menos, electrizante. Cuando Kelly dejó de verla, volvió a olvidarse de que era domingo, y caminó mohíno hacia la casa. Mala suerte. Seguro que Felicia Conway sería una dama ya madurita, más bien gorda, con bigudíes en el cabello, una gran bata que lo taparía todo…

Entró en la casita, y de nuevo recordó que era domingo. Parecía una casa de muñecas, todo limpio, todo nuevo, todo bonito: flores, cuadros alegres, objetos artísticos, libros, televisor, sofá, sillones, almohadones de lindos colores… Un *living* maravilloso, de relatos

de princesas y cosas así. Las persianas estaban entornadas, dejando pasar solamente una luz dorada muy tenue, pero a la que era fácil acostumbrarse muy pronto.

Había una escalera de madera, muy bonita, pintada de blanco, en el fondo del *living*. Arriba debían estar los dormitorios…

Bajó la cabeza al oír las pisadas, a su izquierda. Una chica salía de lo que parecía la cocina, empujando las batientes con la espalda. También iba en bikini, y estaba igualmente sensacional que la anterior.

Ella se volvió, se sorprendió un poquito al verle, y sujetó con ambas manos la bandeja que contenía una pila de bocadillos triangulares.

—¿Qué tal? —saludó alegremente—. ¿Me busca a mí?

—Pu… pues… Bueno, si es usted la señorita Conway…

—Lástima.

—¿El qué…?

—Que yo no soy Felicia, simpático.

Kelly Killman quedó nuevamente abatido. Al final resultaría que Felicia Conway sería lo que él había pensado antes: gorda, madurita y con una enorme bata.

—Ah, lo… lo siento. Yo quisiera hablar con ella. Otra señorita me ha dicho que la avisaría, y al verla a usted…

—Felicia está en la piscina, vigilándonos. ¿Quiere un rico sandwich?

—No, gracias.

—¡Son buenos…!

—Sí, no lo dudo… Bien, tomaré uno, claro…

—Ajá… Usted se ha dado cuenta de que si me lo despreciaba me iba a disgustar, ¿no es cierto?

—Sí —sonrió Kelly, tomando un bocadillo—. Eso me ha parecido.

—Oiga —susurró la muchacha—. Usted no será Paul Newman, ¿eh?

—No, no… Ya dije antes… Killman. Kelly Killman.

—¡Ya sé! ¡Usted es su doble!

—¿El… el doble de quién?

—¡De Paul Newman! ¿Qué opina de mis sándwiches?

Kelly mordió el que había tomado, entornó los ojos mientras

masticaba, y de pronto los abrió, mirando admirado a la muchacha.

—¡Delicioso! ¡Realmente sabroso y perfecto, de veras!

—Usted entiende, señor… Ande, tome otro. Es que tengo que irme. Me están esperando en la piscina.

—Ah… —Kelly tomó otro bocadillo—. Gracias.

—Que aproveche. Y hasta luego, guapo. Y simpático.

—Hasta luego —sonrió Kelly.

Pero dejó de sonreír cuando la muchacha desapareció por el fondo de la casa, hacia la puerta que debía dar a la parte de atrás, donde estaba la piscina. Otra oportunidad perdida. Dos chicas sensacionales ya estaban bien para una sola casa, claro… Se agotaba el cálculo de posibilidades. Además, la de los bocadillos había dicho que Felicia las estaba vigilando. Y la otra había dicho que él no podría quedarse… ¿A que resultaba que Felicia Conway se dedicaba a cuidar niñas jovencitas que estaban…?

Estaba mordiendo todavía el primer bocadillo cuando apareció otra muchacha en bikini, llegando del fondo de la casa. Sólo que al parecer, en aquella casa se superaban continuamente, porque ésta resultaba, ella sólita, tan hermosa, graciosa y… electrizante como las otras dos juntas. Entró, acabando de secarse con una toalla enorme, de mil colores.

Se detuvo a pocos pasos de él y se quedó mirándolo con un gesto interrogante.

—Usted, claro —masculló Kelly—, tampoco debe ser Felicia Conway…

—Se equivoca, señor Killman. Yo soy Felicia Conway. Pero no le conozco a usted… ¿Qué desea?

—¿De verdad es usted Felicia Conway?

—Por supuesto. ¿Por qué lo duda?

—Oh, bueno, es que… Había pensado… Mi nombre…

—Es Kelly Killman, lo sé. ¿Y…?

Kelly no sabía qué hacer con los bocadillos. Se había acostumbrado ya a la penumbra dorada del *living*, de modo que veía perfectamente a Felicia Conway. Tenía los cabellos rubios y lisos, con las puntas un poco curvadas hacia fuera. Debía haberse bañado con gorro… Los ojos parecían de color… dorado. Sí, dorados. Muy grandes. La boca también era algo grande, pero tan bonita, tan juvenil, tan perfecta, tan… El bikini era azul claro. Lo demás era de

tal calidad que Kelly Killman empezó a lamentar no ser realmente Paul Newman.

Felicia estaba mirándolo con una simpática sonrisa burlona.

—Señor Killman —susurró—, ¿está usted aquí…?

—¿Eh? ¡Oh! ¡Oh! Oh, sí, sí… Estoy… aquí… ¿Dónde… dónde puedo dejar los bocadillos?

—¿No le gustan?

—Pues sí, pero…

—Entonces, opino que el mejor sitio sería su estómago, ¿no?

—Sí… Claro, claro —Kelly frunció de pronto el ceño y dijo a toda prisa—: señorita Conway, soy un agente del FBI, y he venido a verla con la esperanza de que usted pueda ayudarme en ciertos detalles de un caso en el que estoy trabajando. Agradecería mucho su colaboración, y le aseguro que lamento mucho haberla molestado.

Ella le miraba con los ojos muy abiertos, asombradísima.

—Fin —dijo de pronto—. Caramba, señor Killman, parece que se hubiese aprendido ese rollo de memoria.

—Mmm… ¿Rollo?

Ella ladeó graciosamente la cabeza.

—¿De verdad es usted del FBI?

—Puedo enseñarle… mi placa.

—¿Tiene usted tres manos?

—No. Me basta —se quedó mirando de una a otra mano, con los bocadillos todavía en ellas; se metió el resto del primer bocadillo en la boca y sacó su placa, mostrándola—. Mppnfff…

—¿Cómo dice? —rió Felicia.

El

G-man

tragó todo lo que tenía en la boca, de golpe.

—¡Que puede usted comprobar que pertenezco al FBI!

—Ah, sí… Será mejor que se siente, señor Killman. Mientras usted termina los bocadillos, iré a peinarme un poco.

Dio la vuelta y desapareció escaleras arriba. Mala suerte. Se peinaría… y se pondría algo encima del bikini, claro. Mala suerte. Engulló a toda prisa el segundo bocadillo, pero apenas tuvo tiempo, pues Felicia Conway regresaba ya, un poco peinada y con otro bikini, de tono rojo ahora, seco. Él se levantó del sofá, ella se sentó,

y él volvió a sentarse.

—Le escucho, señor Killman —sonrió dulcemente Felicia.

—¿Me… me escucha?

—¿No ha venido a preguntarme algo?

—¿Eh? Ah, sí… ¡Sí! Bien… ¿Conoce usted a este hombre?

Sacó el sobre, y de él las fotografías tomadas del cadáver de Spencer Blake… Felicia las tomó, las miró… y llenó de envidia a Kelly al morderse los sonrosados labios.

—Parece que esté… muerto, ¿verdad?

—Así es. Hemos tomado las fotografías por el lado derecho, ya que el izquierdo… Bueno, se ha hecho lo posible por dejar sus rasgos en buenas condiciones… En cuanto a esta zona circular y oscura, pues es el punto por donde entró la bala… Salió por el otro lado… Vea esta otra, casi de frente. Como los… desperfectos fueron en un lado, sobre la oreja, pues hemos podido conseguir casi perfectamente su rostro… ¿Lo conoce?

—No.

—¿Está segura?

—Completamente. ¿Usted cree que sí?

—Bueno… Según todos nuestros datos, este hombre estuvo el viernes por la tarde en la oficina de Correos donde usted trabaja. Nos hemos interesado por ello, hemos molestado a muchas personas, y al final hemos sabido que lo atendió usted. Nos han facilitado su dirección, y… aquí estoy.

—¿De dónde saca usted que yo fui quien atendió a este hombre?

—Por el resguardo de certificado. Vea, aquí indica que el paquete fue depositado en la oficina doscientos cincuenta de la 95th Street. Luego, está el número de la empleada que tenía turno entonces… ¿No es éste su número, señorita Conway?

—En efecto… Sí, yo expedí este resguardo, desde luego. Pero no recuerdo a este hombre. Estoy segura de no haberlo visto jamás.

La expresión del
G-man
se animó visiblemente.

—Llevaba… un paquete como de dos pies de largo, rectangular, de unas ocho pulgadas en cuadro…

—¡Ah, sí! ¡Lo recuerdo ahora, por ese detalle! ¡Es cierto, yo atendí ese certificado, señor Killman!

—¿De veras? —se decepcionó Kelly.

—Sí, sí… Lo recuerdo muy bien porque aquel hombre quería enviarlo con franqueo postal corriente, por avión, con pronta entrega… Le sugerí que había medios más económicos de enviarlo, pero dijo que ya estaba bien así… Sí, claro que lo recuerdo, porque además me preguntó dónde debía dirigirse para contratar un apartado de Correos, en la misma oficina.

—Vaya… ¿Un apartado de Correos, dice usted?

—Sí. Oh, pero éste no es el hombre, señor Killman.

—¿Perdón? —se animó de nuevo Kelly.

—No es el hombre que llevó el paquete, el caballero al que yo atendí. Y no insista respecto a mi seguridad… Tengo muy buena vista y soy una gran fisonomista, señor Killman.

—Formidable —musitó el
G-man
—. Bueno, si éste no es el hombre que llevó el paquete… ¿quién es? Quiero decir… ¿puede describírmelo, quizá?

—Desde luego. Era de su estatura, aproximadamente… Cabellos negros, bien vestido… Llevaba bigote.

—¿Bigote?

—Y lentes de sol.

—Lentes de sol… ¡Por todos los…! Ejem… ¿Puede decirme a qué hora extendió este resguardo?

—Pues serían las… seis, o poco más. Habitualmente, cerramos a…

—Por favor, perdone… ¿Está segura de la hora? ¿No pudo ser antes de las seis?

—Me parece que no, señor Killman.

—Bien… —Kelly se pasó una mano por la frente—. ¿Reconocería usted al hombre que envió el paquete si volviese a verlo?

—Desde luego.

—Señorita Conway, ¿tendría inconveniente en venir conmigo? Ya sé que es una molestia… Perdone.

Se había oído un suave zumbido bajo la chaqueta de Kelly. Éste sacó la radio y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Kelly, tengo las fotos. ¿Qué hago?

—Espera un momento, George.

—Bueno.

El
G-man
miró de nuevo a Felicia, que contemplaba con simpática sonrisa la radio de bolsillo.

—¿Puede usted venir conmigo, señorita Conway?

—Bien… ¿Adónde?

—Creo que, de momento, a un motel. Pero luego… Bueno —casi enrojeció el federal—. Lo del motel es para… para otra comprobación, entiéndalo.

—Claro, señor Killman —sonrió ella, divertida.

—Sí… Bueno, antes de dar el último paso, quisiera hacer una comprobación en un motel… Claro que si no quiere venir, mi compañero vendrá a…

—No, no… Iré con usted. Hay un pacto entre nosotras, señor Killman. En esta casa no se admiten hombres. La alquilamos entre cuatro amigas, y queremos… tranquilidad y… decencia. En realidad, si no fuese usted del FBI, ya habría tenido que marcharse.

—Entiendo. Me parece muy bien. Por cierto… ¿qué es lo que usted vigila de sus compañeras?

—Sus saltos del trampolín. Las estoy enseñando a saltar.

—Oh… Ah, estupendo. Bien…

—Iré con usted, señor Killman. Dos hombres en esta casa serían demasiados.

—¿Usted cree?

Ahora fue Felicia quien se sonrojó, pero sin dejar de sonreír.

—Voy a vestirme… Enseguida estaré lista.

—Gracias.

Segundos después, cuando Felicia ya había desaparecido en lo alto de la blanca escalera, Kelly reanudaba la conversación con Reeves.

—¿George?

—Aquí estoy. Oye, o mis orejas están pachuchas, o he oído algo a una chica, diciendo que iba a vestirse… ¿Qué estás haciendo, Kelly?

—Bueno… Es que estaba en bikini… La chica, claro. Emmm… Me la voy a llevar al motel…

—¡Kelly! —aulló Reeves.

—Vete al demonio —farfulló el
G-man
—. Quiero decir que me la voy a llevar al motel donde Harriett y Pilgrim pasaron la noche del viernes y el sábado, para… Ya te explicaré. Tú, espéranos en el motel. El Colonial Inn Resort Motel, ¿recuerdas?

—Salgo para allá ahora mismo. Me parece que a ti hay que vigilarte.

—¿Por qué? ¿Total, porque me parezco a Paul Newman?

—¡Quién te ha…!

Kelly cerró la radio, sonriendo.

CAPÍTULO XVIII

George Reeves tenía desorbitados los ojos, mirando incrédulamente a la muchacha.

—¿Ella es… Felicia Conway? —musitó.

—Sí. Señorita Conway, él es un compañero malicioso, llamado George Reeves.

Reeves salió del coche y apretó la manita de Felicia, atónito.

—¿De verdad es usted una empleada de Correos?

—Por el momento, señor Reeves —sonrió ella—. Tengo otros proyectos en marcha.

—Explíquemelos… ¡Explíquemelos!

—En otra ocasión, Reeves… —refunfuñó Kelly—. Yo mismo te llevaré a una casita con piscina que está llena de belleza… en todos los sentidos. Ahora, ve a asegurarte de que ellos pasaron aquí la noche y todo eso… Dame las… No, claro… Llévalas tú, que los identifiquen.

—¿Me esperáis aquí?

—Seguiré charlando con la señorita Conway… de sus proyectos.

—Egoísta…

Reeves entró en el recinto del motel, dejando fuera a Kelly y a la muchacha, junto a su coche. Kelly había dejado el que utilizaba personalmente un poco más alejado.

—Bueno…

—¿Qué ocurre, señor Killman?

—La verdad es que yo también debería entrar ahí, pero no quisiera dejarla sola aquí. Ni entrar con usted. Quizá si alguien la ve…

Ella sonrió, pero frunciendo el ceño un poquito.

—¿Va bien para su trabajo entrar en el motel, señor Killman?

—Sí.

—Bien.

Felicia se cogió de su brazo y empezó a caminar, tranquilamente, hacia el interior de la zona del motel. Y Kelly Killman se dijo que aquel domingo, a fin de cuentas, estaba resultando fabuloso.

—Ésta es la cabaña —dijo el encargado del motel.

—¿Podemos entrar? —preguntó Kelly.

—Claro… Ha estado todo el día desocupada. Recuerdo bien a los señores Towers porque me dijeron que, aunque sólo estuviesen un día me pagarían todo el fin de semana. Desde luego, esas fotografías son de ellos, no cabe duda… Abierta.

Kelly entró el primero en la cabaña. Detrás de él el encargado dio la luz, que ya se hacía necesaria.

Lo de siempre. Una bonita cabaña, confortablemente instalada, con una pequeña cocina, dormitorio y baño. Y el gran *living*. Lo clásico. En la cocina había una ventana que daba a la parte de atrás. Se veían macizos de flores, unas cuantas palmeras…

Kelly regresó al *living*, encarándose al encargado del motel.

—Veamos si lo recordamos todo bien, señor Adler. Ellos llegaron cerca de las siete, alquilaron la cabaña, entraron en ella… y ya no salieron hasta el día siguiente. Esto es, hasta ayer por la tarde. Y, según a usted le parece, se dedicaron a escuchar música y a… sus propios asuntos. ¿Correcto?

—Sí, señor.

—Muy bien. Usted asegura que no movieron su lancha del embarcadero. Tampoco los vio salir a la playa, ni pidieron un taxi, ni nadie los visitó, ni ellos llamaron a nadie por teléfono…

—Así es.

—Sin embargo, señor Adler… ¿admitiría usted la posibilidad de que hubiesen salido, al menos uno, por la ventana de la cocina, y abandonar el motel discretamente, sin ser visto por nadie?

—Desde luego, señor. Yo, lo que digo, es que no los vi salir, ni me pareció que lo hiciesen. Por la noche veía luz en el *living*. Y tanto de noche como de día, si tenía que pasar por delante de esta cabaña, oía música casi siempre. Mi opinión es que se encerraron aquí, y que no salieron absolutamente para nada. Pero…

—Entiendo. Usted les trajo algo de cena que ellos mismos encargaron, hacia las ocho. El desayuno, hacia las nueve y media. El almuerzo, a la una… Luego, alrededor de las cinco, se fueron.

—Sí.

—Pues muchas gracias, señor Adler. ¿Vámonos?

—¿No es él? —sonrió Kelly.

Felicia movió negativamente la cabeza.

—No… Bueno, quizá se le parece, pero…

—Un momento.

Sonriendo duramente, el G-man dibujó, sobre una de las fotografías, unos lentes oscuros y un bigote. Estaban los tres dentro de su coche, él y Felicia delante, Reeves detrás, inclinado sobre el respaldo. La luz interior estaba encendida.

—¿Y ahora? —preguntó el federal.

Felicia estaba con la boca abierta.

—Sí… ¡Sí, sí! Oh, el bigote no es igual, ni los lentes… ¡Pero es él, estoy segura! ¡Éste es el hombre que llevó el paquete a la oficina de Correos!

—Jerry Pilgrim —musitó Reeves—. Me alegra mucho que seas maquiavélico, Kelly.

Felicia miró casi asustada al G-man, pero comprendió pronto que era una especie de broma establecida entre ambos federales.

—Ellos han sido todavía más maquiavélicos, George. ¿Te das cuenta ahora de lo meticulosamente que tuvieron que prepararlo todo?

—Es evidente. Michael Dawlish debió explicarle posiblemente a la doctora el asunto de la cirugía de emergencia durante el naufragio. Ella sabía, puesto que él también se lo dijo, que los Lighton vivían en Jackson, Mississippi. Se enteró de la dirección exacta… Y así pudieron enviarles el brazo de Dawlish.

—Es todo… francamente horrible. Ahora podemos asegurar que las cosas sucedieron así: Jerry Pilgrim y Harriett Whiters deciden matar a Michael Dawlish, pero como saben el asunto del naufragio, lo preparan todo meticulosamente, de tal modo que parezca que ha sido el propio Dawlish quién se ha cortado el brazo para enviarlo, ayudado por Spencer Blake, el cual, obviamente incapacitado para atender semejante caso de cirugía, se asusta, y escapa. Luego, aterrado, se suicida. Por si las indagaciones van adelante, colocan

en su bolsillo el resguardo del envío certificado a Jackson, Mississippi. Y, además, para justificar esa horrenda y absurda decisión de Michael Dawlish, antes le administran LSD, posiblemente en café o cualquier otra bebida. Cuando él se da cuenta de que ha tomado algo… extraño, ya es demasiado tarde. La dosis es demasiado fuerte. Está como aturdido, alucinado…

—Un momento. Para hacer todo esto, Spencer Blake tuvo que ser el primero en abandonar la casa, ¿no?

—Claro. Así lo prepararon, para que les dejase el campo libre.

—Además, la hija estaba en Flamingo y la sirvienta en Fort Pierce.

—Exacto. Estaban los tres solos. Date cuenta, George: drogan a Michael Dawlish, hasta aturdirlo. Le inyectan anestesia local en el hombro, le cortan el brazo, utilizando su propia técnica operatoria, que ambos conocen perfectamente… Dan unas puntadas de sutura. Luego lo dejan solo, desangrándose… Por eso, la muerte sobrevino hacia las siete, posiblemente. Con un brazo cortado, y drogado, Michael Dawlish es hombre perdido. Muere desangrado. Pero, volvamos a las cinco y pico, hora en que se comete este espantoso asesinato. Supongamos que son las cinco y media. Ya tienen el brazo, y lo meten en la caja de corcho prensado que tenían preparada, así como el envoltorio, la dirección de los Lighton en Jackson… Salen de la casa, dejando a Dawlish muriendo lentamente. Van a la oficina de Correos, tras unos pequeños retoques que Pilgrim hace en su rostro; apenas nada: un bigote y unos lentes oscuros. Envían el paquete. Ya está.

—El enfermero…

—Espera. Harriett Whiters va a su apartamento, recoge algunas cosas… y se va. Sabe que los vecinos no están, posiblemente, de modo que nadie podrá decir si oyeron música o la televisión… Se va a un lugar donde Pilgrim ha quedado en recogerla con la lancha… Mientras tanto, Pilgrim va a su apartamento, deja el coche en el sitio de costumbre… Y, aparentemente, sale a pescar. No es cierto. Recoge a Harriett, y se dirigen al motel. Antes de entrar en éste, Harriett llama a su garaje, diciendo que está en su apartamento, interesándose por su coche. Es un punto de apoyo más para su coartada. Finalmente, a eso de las siete, llegan al motel, entran en la cabaña quince, y, a todos los efectos, no se mueven de allí en

veinticuatro… en veintidós horas exactamente. Y ésa es su verdadera coartada.

—¿Crees que también eso lo prepararon?

—¿Tú qué piensas?

—Bueno… Parece que así tuvo que ser. Primero miente, sabiendo que descubriremos la mentira. Pero cuando sepamos que han estado en un motel todo un día entero, y que Blake se ha suicidado, y que tiene el resguardo del envío… ya no podremos sospechar de ellos. Es una estupenda coartada. Muy… sentimental. Se aman, no quieren lastimar a Michael Dawlish, y por eso mienten respecto a su estancia en el motel… Cuando, en realidad, lo que quieren es que nos enteremos de que han estado allí y, por tanto, no han podido estar junto a Dawlish a la hora de su muerte, que se produce definitivamente cerca de las siete, por desangramiento total. A las siete, que es cuando ellos llegaban al motel. Incluso quizá calcularon que tardaría más en morir.

—Justo en el blanco, George.

—En cuanto al enfermero…

—Vamos a por eso ahora. Pilgrim y la doctora saben que el enfermero Blake tiene una automática silenciosa del «45». Muy bien. Compran una, de esas características, le liman el número. Y esa noche, cuando todos deberían creer que están juntos en la cabaña del motel, Pilgrim sale por la ventana de atrás. Pongamos… a las diez. Llega al apartamento de Blake a las diez y media, por ejemplo. El portero ya no está, se retiró a las diez, según nos dijo. Pilgrim sube, llama a la puerta, Blake le abre… Se sorprende… El pobre hombre, que lo ignora todo, está estudiando medicina… Pilgrim entra, charlan un poco… En un descuido de Blake, apoya el cañón de la pistola en su sien y dispara. Lo coloca en la cama inmediatamente, limpia sus huellas de la pistola… aunque posiblemente llevaba guantes. Coloca el arma en la mano de Blake, y hace otro disparo… Deducimos fácilmente que contra un almohadón, o algo que también debía llevar preparado. Nada puede fallar. Después de ese disparo, quita cuidadosamente el cargador, pone una bala nueva, de modo que parece que sólo se ha disparado una vez… y así, al hacerle la prueba de parafina a Blake, el resultado fue positivo. La pistola en el suelo, todo salpicado de sangre, la prueba de parafina positiva, el cadáver en la cama con la

mano colgando sobre el arma… Un libro abierto, la luz del flexo encendida, un cigarrillo consumido… ¿Conclusión para la policía, el FBI o quién se encargue del caso?: remordimientos espantosos en Spencer Blake por haber ayudado a Dawlish a drogarse, a cortarse el brazo, a haberlo enviado por correo… Lo ve todo negro. Está asustado por todos los conceptos, aterrado… Se suicida. Nosotros llegamos a esa conclusión, encontramos el resguardo de Correos en su bolsillo, los Lighton vienen… Simplemente, Michael Dawlish puede haberse vuelto loco, y ha querido cumplir su promesa. Quizá se drogó, coaccionó a Blake con no ayudarle en sus estudios si no secundaba su loco propósito… Y así asesinan a Michael Dawlish.

—Perfecto —asintió Reeves—. Ahora, dime el motivo.

—¿El motivo?

—Claro. No pensarás que todo eso se hace por amor, Kelly. Sería absurdo. ¿Qué podía importarles a ellos, realmente, que Dawlish se disgustase porque Harriett prefería a Pilgrim?

—Bien…

—Hay que encontrar el motivo. Un buen motivo. Entre tres personas inteligentes, no se comete un asesinato tan brutal por ese motivo, creo yo…

—Un momento, un momento, George… Lo brutal del asesinato es con un motivo determinado, recuérdalo: hacer creer que Dawlish se ha vuelto loco, o se droga, o lo que sea, y ha enviado el brazo a las personas que se lo había prometido. Considerémoslo como un acto cruel, por motivos de la coartada. Pero no es sádico, ni nada de eso. El modo de matarlo, es para aprovechar lo que ellos saben del naufragio. Sólo eso.

—Pero… ¿por qué matarlo? Al fin y al cabo, Pilgrim es el vencedor en esa cuestión de amor. En cuanto a Harriett, ¿qué le importa a ella Michael Dawlish teniendo a Pilgrim?

—Claro… ¿Los motivos? Bueno, eso va a ser cosa más difícil…

—¿Más difícil aún? —masculló Reeves.

Kelly se dio cuenta entonces de la expresión de Felicia Conway. Sonrió amablemente, y le dio una palmadita en una mejilla.

—No se habrá asustado, ¿verdad, señorita Conway?

—Yo… yo… preferiría no haber… oído nada…

—Bueno, olvídelo. Todo eso ya pasó. Ahora sólo queda saber los motivos… los motivos… ¡Lo tengo!

—¿El qué? —Casi gritó Reeves.

—Espera,… Felicia, usted dijo que el hombre que llevó el paquete, es decir, Jerry Pilgrim, preguntó dónde podía contratar un apartado de Correos… ¿Cierto?

—Sí… Lo preguntó.

—¿Sabe si alquiló ese apartado?

—No… Ése no es mi trabajo.

—¿Quién hace ese trabajo? ¿Lo conoce? Oh, qué tontería… Quiero decir si sabe dónde vive.

—En Allapatah… No sé su dirección exacta. Pero tiene teléfono, de modo que estará en la guía… Se llama Jacob Wilcox.

—George, tendrás que volver a buscar al director de la oficina de Correos…

—¡Oh, no! —gimió el federal.

—Sí. Bueno, ya es hora de que todo el mundo esté en sus casas en este final de domingo, ¿no es cierto? Vas a buscar a ese hombre y te lo llevas a la oficina de Correos. Allí me esperáis. ¿Bien?

—De acuerdo —suspiró Reeves—. ¿Y tú?

—Vete ya con este coche. Felicia y yo vamos a llamar desde la conserjería del motel al señor Jacob Wilcox…

—¿Qué ha dicho?

Felicia colgó el teléfono y se volvió hacia Kelly.

—Ha aceptado. Estará en la oficina dentro de media hora más o menos. ¿Me permite que yo también…?

—No podría pasar sin usted.

—Oh, señor Killman…

—Hum… He querido decir para este trabajo, claro. Bueno, y para otras cosas, pues… Esto…

—¿Sí?

—Vaya… Usted es tan… tan…

—Tan… ¿qué?

—Tan amable… ¿Usted también cree que me parezco a Paul Newman?

—Un poquito. Pero Paul Newman sale perdiendo.

—Caaa… ray. Ejem —carraspeó Kelly—. Bueno, será mejor que… vayamos a la oficina de Correos, ¿no?

—Si eso es lo que prefiere… ¿O no?

Kelly tragó saliva.

—En estos momentos, sí. Pero mañana será otro día.
—¡Increíble!
—Quiero… quiero decir que nos están esperando.

CAPÍTULO XIX

Jacob Wilcox no parecía de muy buen humor. Pero, a fin de cuentas, como dijo Reeves, todos eran allí, de un modo u otro, empleados del Gobierno, así que lo natural, lo lógico, era ayudarse unos a otros. Lo mismo opinó el director de la oficina de Correos, aunque con una sonrisa un tanto torcida; estaba bien claro que le habían fastidiado no sólo parte del domingo, sino las últimas horas de paz antes de emprender una semana de trabajo.

—En definitiva —dijo el inspector Gordon, que había acudido como podenco al olor de la liebre—, nuestra postura legal no admite discusiones. El correo es inviolable. Sin embargo, tendremos que hacer una distinción entre lo que es «correo» y lo que no es correo. Veamos primero lo que contiene ese apartado, señores.

En el día viernes, se habían adjudicado solamente tres apartados de Correos, a tres personas distintas. Todos ellos hombres. Dos de los cuales fueron inmediatamente localizados por medio de la guía telefónica. El tercero, llamado Aaron Chapman, no estaba en la guía telefónica.

—Ése tiene que ser Pilgrim, señor —apuntó duramente Kelly.

—Apartado 3119 —añadió Gordon—. Veamos qué es lo que hay en ese apartado.

El apartado 3119 fue abierto por el director de la oficina. Contenía un sobre. Solamente un sobre, de buen tamaño, que Kelly Killman se apresuró a tomar en sus manos ávidas. Le dio un par de vueltas, sonrió como un lobo ante un corderillo y dijo:

—Si mis ojos no me engañan, señor, no veo aquí señal alguna de que este sobre haya pasado por oficina alguna de la U. S. *Mail*. No hay franqueo, no hay matasellos, no hay nada… Puestos a carecer de cosas, este sobre carece, incluso del nombre del destinatario. ¿Visto por todos?

El sobre fue pasando de mano en mano. Cierto. Un sobre grande,

bastante abultado, completamente en blanco. Recurriendo a muy sutiles definiciones federales, no podía jamás considerarse como correspondencia.

—Ábrelo, Kelly —gruñó Gordon.

—Con mucho gusto, señor.

El

G-man

rasgó uno de los lados, sin ningún miramiento, sin ningún esfuerzo por dejar el sobre en un estado tal que más adelante pudiera ser reparado como si no hubiese sido abierto. La manaza grande y nervuda de Kelly extrajo un montón de páginas de sólido papel blanco y las depositó sobre la mesa del director de la oficina de Correos.

Inmediatamente, todas las miradas cayeron sobre la primera de aquellas páginas.

—Escrita a mano… ¿Qué dice aquí…?

—Yo no entiendo ni palabra —dijo Reeves.

—Son expresiones de un profesional de la medicina —masculló Kelly—. Veamos qué sigue.

La segunda página era más bonita. Igual que cuando un niño está hojeando un libro y de pronto encuentra una ilustración. Eso fue lo que sucedió exactamente.

—Es un dibujo… Pero no veo…

—¡Es un corazón! —exclamó Felicia Conway.

—¿Un qué?…

—Un corazón —musitó Kelly—. ¡Por Dios, que esto es un corazón, señor! Un corazón humano… Vea las venas básicas de su funcionamiento… Es un corazón humano, simplemente. Y en la página siguiente… ¡Otro corazón!

—Pero aquí hay unas inscripciones, unas flechas indicadoras… Yo no entiendo nada, Kelly.

—Ni yo, señor. Pero… Bueno, nosotros tenemos un cardiólogo en los servicios internos de la Delegación, ¿no es así?

—Claro… ¿Lo llamamos, muchacho?

—Cuanto antes. Señores —Kelly Killman miró amablemente a los empleados de la oficina de Correos—, muchísimas gracias por su colaboración. Esto es todo.

—¿Se van a quedar con eso? —Palideció el director.

—Pues sí… Es el último detalle que necesitamos para poder demostrar ante un jurado que hay dos asesinos brutales sueltos por el mundo. Nadie le reclamará nada, puede estar seguro.

—Pero es que…

—Yo me hago responsable, Cunningham —masculló Gordon—. Si tiene que dar explicaciones en algún momento, diga que fue un… asalto del FBI. ¿Algo más?

—No… No, no…

—Entonces, hasta la vista. Kelly, George: en marcha.

Salieron los tres de la oficina de Correos. Reeves se colocó al volante del auto, y cuando iba a ponerlo en marcha apareció Felicia Conway, que se asomó por una ventanilla trasera.

—Señor Killman… ¿Ya no me necesita?

—Esto… Bien, eso es mucho decir, señorita Conway. Verdaderamente, tengo que agradecerle su colaboración. Pero ahora no tengo ni un segundo de tiempo.

—¿Mañana será otro día? —sonrió ella, fugazmente.

—Es de esperar. Después de un domingo, siempre viene un lunes. Es decir, otro día… aunque parezca increíble.

—Usted es… muy rencoroso.

—Sólo con los asesinos, Felicia. Lo que ocurre es que las chicas en bikini me turban mucho. Hasta la vista.

—Hasta…

Reeves arrancó, impaciente.

El cardiólogo afecto a los servicios internos del FBI alzó la cabeza, se quitó los lentes y suspiró profundamente.

—Algo en verdad… celestial —musitó.

—No nos venga con galimatías, doctor Purdom —gruñó Gordon —. ¿De qué se trata?

—La verdad es que me resisto a creerlo. Desde luego, esto tenía que llegar un día u otro, pero…

—Por favor —intervino Reeves—, díganos en pocas palabras qué explican esas palabrotas médicas y esos dibujos de corazones.

Purdom lo miró con expresión poco menos que asesina.

—Una nueva técnica quirúrgica para intervenciones en el corazón humano. No sé cómo resultarán en la práctica, pero en la teoría, este sistema permite tener al descubierto, durante doce horas, el corazón de una persona, mientras, por un sistema especial,

sus arterias principales de circulación son cambiadas por nuevos conductos de plástico, que podrían quedar definitivamente incorporados al sistema de circulación de la persona operada. Es como… como cambiar tuberías viejas por tuberías nuevas.

—Es decir, que es algo importante, ¿no?

—¿Importante? —Casi gritó Purdom—. ¡Señores, si esto es verdad, el doctor Dawlish obtendrá el premio Nobel el próximo año!

—Es que ha muerto…

—¡Narices! Si esto se comprueba, el doctor Michael Dawlish recibirá el premio Nobel, por muy muerto que esté. La cuantía del premio no tiene importancia ante lo que significa su descubrimiento quirúrgico. Se le concederá a título póstumo. Todas las demás circunstancias no importan en absoluto. Nada importa nada, salvo lo que este hombre nos ha dejado.

—Bien… ¿Usted opina que su descubrimiento… o como quiera llamarlo, es algo por lo que un médico desaprensivo sería capaz de matar?

—¿De matar? —rió sarcásticamente Purdom—. ¡De cualquier cosa sería capaz! Esta nueva modalidad de intervención quirúrgica sólo puede haberla descubierto un genio. Quien pueda demostrar ser propietario de este sistema pasará a la posteridad con letras de oro, platino y brillantes en la historia de la cirugía universal… Espero haberme expresado con suficiente claridad.

Reeves y Kelly Killman cambiaron una mirada.

—El motivo —musitó Kelly—. Aquí lo tenemos, George. Ya no necesitamos nada más.

—¡Vamos a detener…!

—Calma. Calma, compañero… ¿Por qué atacar de frente a un enemigo de esa catadura?

—Pero…

—¿Qué estás pensando? —preguntó Gordon.

Kelly Killman alzó el puño derecho cerrado fuertemente.

—Mientras viva no olvidaré los ojos llorosos de Irene Dawlish, señor. No quiero fallos. No quiero piedad para ese par de monstruos… ¿Me permite hacer las cosas de un modo… especial?

El inspector Gordon frunció el ceño. En menos de un segundo, todo aquel asunto pasó por su imaginación. Todo, de principio a fin.

Y seguramente por eso, asintió sombríamente.

—Adelante, Kelly.

CAPÍTULO XX

Jerry Pilgrim consiguió disimular el destello de alarma en sus ojos al ver a la muchacha.

—Sí —contestó—. Yo soy Jerry Pilgrim, en efecto… ¿En qué puedo servirla?

—Soy yo quien puede servirle a usted, señor Pilgrim —dijo ella con malicia—. ¿Le parece que hablemos en un lugar aislado? Lo más aislado posible.

—¿Sobre qué?

—Alguien podría oírnos, señor… Chapman.

—¿Cómo…?

—Usted estuvo en mi oficina de Correos el viernes por la tarde, señor Pilgrim, o Chapman… o como se llame. ¿No me recuerda? Me entregó un paquete para enviarlo por avión y pronta entrega en Jackson, Mississippi. Y me preguntó por el lugar donde podría contratar un apartado de Correros.

—Se confunde usted, señorita…

—Felicia Conway. Y no me confundo. Soy una chica… demasiado lista para confundirme, señor Pilgrim… o Chapman, no sé. ¿Quiere usted echar un vistazo a esto?

Jerry Pilgrim tomó el sobre que le tendía la muchacha. Lo abrió, sacó los papeles que contenía… Eran fotocopias. Fotocopias de páginas manuscritas, casi todas ellas con dibujos de corazones humanos.

—¿Qué significa esto? —musitó, pálido.

—Yo… presentí algo… extraño en usted, señor Pilgrim. Me di cuenta de que su bigote era postizo, lo vi nervioso… Ya sé que nunca debí hacerlo, pero lo cierto es que abrí la caja que usted me entregó para ser entregada a Jackson, Mississippi. Después de ver aquello… me pregunté para qué querría usted un apartado de Correos. De modo que esta mañana, lunes, he mirado en ese

apartado, he visto su contenido, he tomado fotocopias… No sé exactamente de qué se trata… Pero una persona que envía por correo un brazo humano, tiene, sin duda, algo que ocultar.

—¿Quiere dinero? —susurró Pilgrim.

La muchacha sonrió encantadoramente, aunque con una cierta crispación.

—No se me había ocurrido…

—Pase… Vayamos al laboratorio. Estamos trabajando allí…

—Pero no el doctor Dawlish, ¿verdad? Tengo entendido que murió desangrado… por una defectuosa amputación de un brazo.

Jerry Pilgrim ya no podía estar más pálido.

—Por favor, baje la voz… Irene puede oírnos, o Ann. Le ruego que no hable mientras vamos al laboratorio.

—Está bien.

Pilgrim guió a la muchacha hacia el laboratorio-quirófano. Cruzaron la biblioteca, traspasaron el umbral del laboratorio. Pilgrim cerró la puerta a espaldas de Felicia. Sobre uno de los largos mostradores volantes de mármol, Harriett Whiters tenía extendidos unos tubos cerrados con muestras de sangre.

—¿Qué ocurre, Jerry?

—Es la empleada de Correos… No sé cómo lo ha conseguido, pero tiene fotocopias del descubrimiento de Michael, el que nosotros queríamos «descubrir» un poco más adelante, como obra nuestra. Dice que abrió la caja que contenía el brazo… y algunas cosas más. Es una chica muy lista.

Harriett Whiters también estaba pálida ahora.

—No creo que sea tan lista… Seguro que ha dicho a alguien lo que ha descubierto.

—Se equivoca —dijo Felicia—. No pienso compartir estas posibilidades… económicas con nadie. Nadie sabe que estoy aquí, nadie sabe nada… Excepto yo, claro.

Se quedó mirando con sonrisa de triunfo a Harriett. Ésta entornó los ojos, y sonrió malignamente.

—Sí… Es muy lista, jovencita. Mire, puede salir de esta casa y decirle a su amigo que la está esperando en el coche…

—He venido en un taxi, sin amigos. No los necesito para esto. Estoy harta de ser una empleada, y… Bueno, tengo la esperanza de que esto se arreglará muy pronto.

—Claro… Muy pronto. ¿Así que ha venido sola? ¿Lo quiere todo para usted…? ¿Cuánto piensa pedirnos?

—Mucho… Diez mil dólares por lo menos.

—Ooooh… Diez mil dólares, ¿eh? Vaya, es usted muy ambiciosa, jovencita. Venga… Venga aquí… Vea las ampollas que contiene esta bandeja… ¿Tiene usted idea de lo que es esto?

Felicia se acercó, sonriente, segura de sí misma.

—Parece… parece sangre…

—Eso es. Sangre. Sangre que ha sido… infectada deliberadamente para estudiar las reacciones de… Oh, usted no entendería esto, jovencita. Pero le diré que una sola gota de esta sangre, mezclándose con la suya, sería… fatal. A menos que inmediatamente se le amputase el brazo, o la pierna… Claro que, según en qué puntos esta sangre se mezclase con la suya, no podría efectuarse esa… cirugía de emergencia, ¿comprende?

—No…

—Se lo diré de otra manera. Si, por ejemplo, yo le hago a usted un pequeño corte y vierto una sola gota de esta sangre en ese corte, en la herida… supongamos que en el brazo, por ejemplo, habría que amputarle a usted ese brazo antes de cinco minutos. De lo contrario, moriría una vez transcurridos esos cinco minutos… ¿Lo entiende ahora?

—Creo que sí. Pero yo no he venido aquí a hablar de medicina, sino de diez mil dólares. ¿Los tienen?

—Supongamos que no.

—En ese caso, iría a la policía a entregar estas fotocopias. Me he enterado muy bien de lo que ha ocurrido en esta casa antes de venir aquí. Me interesé por ello en cuanto vi el brazo en aquella caja…

—Ah… Entiendo, entiendo. Es usted una chica muy, muy lista, en verdad. Jerry, tráela aquí. Vamos a probar estos virus infecciosos. Luego te la llevas y la tiras por ahí…

Felicia Conway se volvió hacia Pilgrim, palidísima. Lo vio acercarse a ella, sombría la expresión, una fría mueca en los labios…

—Oigan… No… No, no…

Quiso echar a correr hacia la puerta, pero Pilgrim le salió al paso, y la sujetó fuertemente por la cintura con un brazo. Con la otra mano la golpeó fuertemente en la nuca, y Felicia Conway notó

la flojedad en sus rodillas, las zonas negras que aparecían ante sus ojos.

—Coge un bisturí, o lo que sea —oyó la voz de la doctora—. Hazle un pequeño corte. Será suficiente para inocularle esta infección casi fulminante.

El miedo atroz que sentía despejó casi completamente a la muchacha, que empezó a debatirse bajo el fuerte brazo de Jerry Pilgrim.

—¡Señor Killman! —llamó, en un tremendo sollozo—. ¡Señor Killman! ¡Kelly!…

La puerta del laboratorio-quirófano se abrió violentamente, y Kelly Killman apareció en ella, lívido el rostro, congelada la expresión.

—De acuerdo, Pilgrim, doctora Whiters… Esto se ha terminado. ¡Suelte a la chica, Pilgrim!

Éste comprendió la trampa en menos de medio segundo. Y ya no supo controlarse. Soltó a Felicia, empujándola violentamente, y su mano derecha cayó sobre un enorme escalpelo de aguda y brillante hoja afilada. Se volvió hacia Kelly con ojos llameantes, y antes de que el agente del FBI pudiese ni tan siquiera empezar a advertirle de la tontería que estaba cometiendo, se lanzaba contra él como una flecha, con el escalpelo por delante. El
G-man
se apartó, y la fina hoja se clavó en la madera del marco. Pilgrim la arrancó de un tirón, y se volvió hacia Kelly, que empezaba a sacar su pistola.

—Pilgrim, no sea…

El escalpelo silbó al ser movido velozmente por Pilgrim. La hoja trazó un brillante destello a menos de media pulgada de la garganta del agente federal, que saltó hacia atrás, sobresaltado… Perdió el equilibrio, cayó de espaldas… Y Jerry Pilgrim saltó hacia él, siempre con el escalpelo por delante…

—¡Kelly! —Se oyó la voz de Reeves—. ¡Ten…!

¡*Pack*!

El
G-man
había sacado su pistola con asombrosa velocidad, y su disparo restalló en el quirófano cuando Pilgrim había saltado ya hacia él,

cuando estaba en el aire, con el escalpelo tendido hacia el federal, que rodó hacia un lado, justo a tiempo para evitar que el cadáver de Pilgrim le cayese encima… Con un balazo en pleno corazón, Jerry Pilgrim cayó como un saco en el lugar que una fracción de segundo antes ocupara el agente del FBI. Quedó de bruces, mientras el escalpelo resbalaba por el brillante piso…

—¡Maldito! —chilló Harriett—. ¡Maldito seas mil veces…!

Cogió la bandeja en la cual estaban los tubos con sangre deliberadamente infectada, para experimentos. La alzó sobre su cabeza, dispuesta a lanzarla contra Kelly Killman. Si esto ocurría, el agente federal sufriría algún que otro pequeño corte, debido a los tubos que inevitablemente se romperían… En cuyo caso, la vida de Kelly duraría apenas cinco minutos…

Pero, fatalmente, Harriett Whiters tropezó con el cuerpo de Felicia Conway, todavía tendida en el suelo. Lanzó un grito, saltó hacia adelante con la bandeja llena de tubos con sangre infecciosa… Lanzó un chillido horrible de terror, de pánico angustioso… Quiso saltar más lejos del lugar donde iba a caer la bandeja, pero todo lo que consiguió fue rebasarla en medio cuerpo. Las dos piernas de Harriett Whiters cayeron sobre la bandeja, sobre los destrozados tubos, clavándose los pequeños trozos de cristal desde la rodilla hasta los pies… Se revolvió en el suelo, y contempló con ojos desorbitados aquellos pequeños cristalitos manchados de sangre que veía en sus piernas, clavados. Lanzó un grito agudo, que se quebró en la explosión del llanto más palpitante de miedo que podría oírse jamás.

—¡Mis piernas! —gritó—. ¡Mis piernas…! ¡Alguien tiene que amputármelas o moriré…! —De pronto se dio cuenta de que todos estaban entrando en el laboratorio: Irene, Ann, Tom, el inspector Gordon—. ¡Me moriré si no me amputan las piernas…!

Kelly Killman se acercó a ella, tras hacer una seña a Reeves, que salió disparado hacia el teléfono.

—Mi compañero va a llamar a uno de nuestros cirujanos, doctora Whiters… Pero mucho me temo que no llegue a tiempo.

—¡Voy a morir…!

—Cálmese… Quizá lleguen a tiempo.

—¡No! ¡Tiene que ser ahora…! ¡Ahora mismo! Usted mismo, Killman, usted mismo…

—Lo lamento, doctora. Yo no sé nada de medicina. Menos aún de cirugía. Me temo que la única persona que podría haberla ayudado en estas circunstancias era el doctor Michael Dawlish. Pero él ya no está entre nosotros para efectuar su cirugía de emergencia.

Cuando llegó el cirujano del FBI ya no había remedio. Lo que había en el suelo del laboratorio eran dos cadáveres. Habían corrido por toda la ciudad sobrepasando todas las posibilidades humanas y automovilísticas, pero…

—Hemos llegado tarde —musitó el cirujano.

Kelly Killman tenía apretada contra su pecho a Felicia Conway, que todavía no se había recuperado del miedo pasado. Seguramente, nunca en su vida olvidaría aquello. Jamás olvidaría que el riesgo que ella había corrido una sola vez era el que un agente del FBI, que a veces tartamudea ante una chica en bikini, corría a diario.

El inspector Gordon se acercó a Kelly Killman, sombrío.

—Asunto terminado. Pero me pregunto, Kelly, si no hemos sido demasiado personales en nuestro trabajo.

—No, señor. ¿Acaso usted esperaba otra cosa que una confesión grabada de estos dos monstruos?

—No… Realmente, no. Todo lo que queríamos era que la señorita Conway les hiciese hablar y hablar, mientras todos estábamos escuchando… Pero me siento culpable. No sé…

—¿Culpable, señor? ¿De qué? ¿Quizá de no saber lo necesario para trabajar en una cirugía de emergencia?

FINAL

—¡Atiza! —exclamó la muchacha—. ¡Pero si es Paul Newman!

—Ejem… Hola… Hola, ¿qué tal?

—¡Pase! ¿Viene a ver a Felicia?

—Bueno… Si ella está en casa…

—¡Está! Pero recuerde que aquí no se admiten visitas de hombres. Es decir, sólo unos minutos, señor Newman.

—Killman… Kelly Killman…

—Ah, sí, es verdad… Entre en la casa… Avisaré a Felicia.

—Gracias…

La muchacha corrió hacia la piscina, y Kelly entró en la casa. Todo seguía igual allí. Exactamente igual que el lunes a las cinco y pico de la tarde, que el domingo a la misma hora.

—¡Hola, Paul! ¿Un bocadillo?

—Bu… bueno… Bueno, sí, gracias… Estoy… esperando a Felicia… ¿Son tan buenos como los de ayer?

—¡Mejor! —dijo la chica-cocinera—. ¡Me enteré de un nuevo condimento anoche mismo!

—Ah… Yo… yo… yo… espero a Felicia, ¿sabe?

—¿En serio? Nadie lo creería… ¡Voy a buscarla!

Desapareció por aquella puerta que daba a la parte trasera de la casa. Felicia Conway apareció por ese mismo lugar apenas medio minuto después. Ahora llevaba un bikini amarillo que…

—Hola, se… señorita Conway…

—Hola, Kelly.

—Hum… Bueno… Creo que ayer no le di las gracias debidamente, y he… he venido a dárselas ahora… Sí, eso es…

—Eres un embustero —sonrió Felicia—. Tú has venido a ver si puedes salir conmigo, a intentar conquistarme… En resumen, Kelly, tú lo que quieres es besarme, y cosas así…

—No… No, no… Yo…

—¿No? Entonces eres tonto.

—¿Yo… yo tonto…?

Se adelantó impetuosamente, la abrazó con fuerza exagerada por la cintura, y se quedó mirando los sonrosados labios de Felicia, que sonrió dulcemente.

—Adelante, federal —musitó—. Pero recuerda que sólo tienes cinco minutos. Mañana… Mañana será otro día.

FIN